

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales - FLACSO Argentina

Maestría en Sociología y Ciencia Política

**“La voz del mundo” como problema: Aproximaciones teóricas y discursivas
a la noción de “opinión pública internacional”**

Tesis para optar al grado de Magíster en Sociología y Ciencia Política

Autor: Andrés Shoai

Director: Manuel Mora y Araujo

Buenos Aires, 16 de diciembre de 2013

Resumen

La presente investigación propone un acercamiento al tema de la “opinión pública internacional” en tres pasos. El primero consiste en identificar el lugar que este concepto ocupa dentro de la teoría social contemporánea, recorriendo para tal propósito cuatro posturas diferentes y estableciendo un marco general sobre la relevancia de la cuestión y las posibilidades de debate teórico al respecto.

Habiendo establecido este marco, el trabajo se centra en una serie de investigaciones (publicadas desde el final de la Guerra Fría hasta la actualidad) sobre la opinión pública internacional como fenómeno particular de estudio. El análisis de estas publicaciones académicas pretende poner a prueba la relevancia de cuatro categorías como “ejes organizadores” del debate sobre la opinión pública internacional: sujeto, contenido, poder y proceso de la opinión.

Como tercer paso, se estudia un corpus de 18 artículos periodísticos que mencionan la “opinión pública internacional” en su título. El análisis de contenidos, realizado a través de las cuatro categorías mencionadas, permite notar que estos textos hacen referencia a dicha opinión como una especie de “voz mundial” que se expresa de diferentes maneras y juega un rol relevante en la dinámica del mundo contemporáneo.

Índice

Introducción	5
Capítulo I	
La opinión pública internacional en la teoría social contemporánea.....	13
1. Habermas: diálogo en la constelación posnacional	14
2. Luhmann: tematización política en un sistema sin fronteras geográficas.....	19
3. Giddens: comunicación en un mundo de relaciones “desancladas”	24
4. Bourdieu: opiniones movilizadas en campos transnacionales.....	29
5. Conclusiones.....	32
Capítulo II	
El estudio de la opinión pública internacional:	
Delineando categorías para el análisis	35
1. Los estudios sobre la opinión pública internacional	36
2. Un campo donde todos “empiezan de cero”	40
3. Definiciones de opinión pública internacional	41
4. Contextos teóricos de referencia	44
5. Abordajes metodológicos	52
5.1 Encuestas internacionales.....	52
5.2 Análisis de contenidos.....	53
5.3 Indagación histórica	56
6. Categorías analíticas en el estudio de la opinión pública internacional.....	57
6.1 Sujeto.....	58
6.2 Contenido.....	60
6.3 Poder	62
6.4 Proceso.....	63
7. Consideraciones finales.....	65

Capítulo III

La opinión pública internacional según los medios:

Referencias al fenómeno ante la inminencia de una guerra.....	67
1. Selección del corpus: Buscando “el tema de la década”	67
2. Composición del corpus	70
3. Análisis de contenidos	72
3.1 Sujeto.....	72
3.2 Contenido.....	77
3.3 Poder	80
3.4 Proceso.....	86
4. Consideraciones finales.....	87
 Conclusiones	 89
 Bibliografía.....	 94

Introducción

En el seno del Instituto de Sociología de la Universidad de Buenos Aires, a principios de la década de 1940, un grupo de intelectuales argentinos propuso crear un “Instituto de la Opinión Pública”. Entusiasmados con el prototipo norteamericano para medir las actitudes de los ciudadanos a través de encuestas, modelo que por ese entonces estaba cobrando impulso, estos académicos escribieron a George Gallup pidiendo guía. La respuesta no se hizo esperar:

Gallup nos respondió a poco, con una carta cordial en la que nos anunciaba el envío de alguna bibliografía. . . . La simplicidad, o mejor dicho, la viabilidad de los métodos adoptados, nos hizo pensar en que podía resultar bien oportuno un intento de acomodar esos procedimientos a nuestro ambiente (Podestá, 1942, p. 127).

La propuesta de “acomodar esos procedimientos a nuestro ambiente” motivó un debate académico por varios años y el referido Instituto no se formó¹. Sin embargo, el uso de encuestas para medir la opinión de los argentinos intentó abrirse paso a través de los años y finalmente salió a la superficie de la vida pública en 1983, pasando “de la sociología académica a la profesionalización” (Mora y Araujo, 2009). Puede decirse que a partir de entonces este tipo de técnicas se instaló plenamente en el contexto argentino.

Al mismo tiempo, es importante notar que estos estudios no pertenecen a un campo disciplinar rígido ni estático. La teorización social y la práctica de la investigación nunca dejaron de plantear nuevos retos al estudio de la opinión pública. Los retos

¹ Los registros de este debate pueden rastrearse en las primeras cuatro ediciones del Boletín del Instituto de Sociología de Universidad de Buenos Aires (1942-1945). Cabe mencionar que cuarenta años después de este primer debate se formó en dicha universidad el actual Centro de Estudios de Opinión Pública (CEDOP).

corresponden incluso a la conceptualización misma del fenómeno, que ha sido objeto de diversos debates, incluyendo posturas que niegan su existencia (e.g. Bourdieu, 1972) y otras que le otorgan un valor normativo fundamental para la democracia moderna (e.g. Habermas, 1962/2009).

Entre los desafíos asociados al estudio de la opinión pública durante los últimos años, están los provocados por los procesos asociados a la globalización. La noción de opinión pública no podía quedar inmune ante las notables interconexiones que “enlazan lugares lejanos, de tal manera que los acontecimientos locales están configurados por acontecimientos que ocurren a muchos kilómetros de distancia o viceversa” (Giddens, 1993, p. 68).

De hecho, es frecuente el uso de expresiones como “opinión pública mundial” o “internacional” en el discurso de líderes políticos, organizaciones de diversa índole y, particularmente, los medios de comunicación². En algunos países del mundo, además de recibir este uso cotidiano, el tema de la opinión pública internacional ha sido objeto central de estudio para algunas investigaciones académicas

El ambiente de la investigación en Argentina, sin embargo, ha permanecido ajeno a estas propuestas. Las encuestas políticas que se realizan dentro del país, y *sobre* la situación del país, han acaparado la atención de consultores, dirigentes y medios de comunicación desde la recuperación de la democracia (Vommaro, 2008). La academia argentina tampoco participa en las indagaciones y debates sobre la opinión pública internacional. Al respecto, podríamos preguntarnos si debería hacerlo: ¿es relevante

² Una búsqueda en los archivos digitales de tres diarios argentinos desde el 01 de enero de 2000 hasta el 26 de mayo de 2013, muestra la frecuencia con que estos medios han usado dichas expresiones:

	Opinión Pública Internacional	Opinión Pública Mundial	Opinión Internacional	Opinión Mundial
La Nación	106	152	56	34
Clarín	66	105	30	15
Página/12	76	72	17	26

para el contexto argentino pensar en un concepto de opinión pública que esté más allá de las fronteras nacionales?

En el presente trabajo suponemos que hay buenas razones para responder positivamente a esta pregunta. La principal de estas razones, por supuesto, es inherente al concepto mismo de opinión pública internacional: si se trata de algo que –por definición– cruza fronteras, entonces es algo que puede cruzar las nuestras. Pero esta relevancia no solo puede señalarse conceptualmente. Como ya mencionamos, la noción de una opinión pública internacional ya está presente en diversos discursos cotidianos de nuestro país. En consecuencia, estudiar sistemáticamente el tema desde la teoría puede contribuir a la reflexión posterior sobre los diferentes usos que este concepto recibe en nuestro entorno político y social inmediato.

Claramente, nos enfrentamos a un tema problemático. No está de más recordar que la epistemología social misma se presenta como un ambiente retador. Tomar algunas palabras, sean cuales sean, y pretender que representan alguna realidad social cuyas características podemos comprender o explicar, es desde ya una dificultad. Si ese conjunto de palabras es algo como “opinión pública internacional”, entonces la dificultad parece particularmente grande, pues basta una revisión rápida de la bibliografía para comprobar una variedad desconcertante de enfoques y criterios al respecto.

Sin embargo, las referencias a esta expresión por parte de políticos, académicos y medios de comunicación en contextos discursivos compartidos, nos hace pensar en la posibilidad de establecer algunos criterios básicos de validez intersubjetiva. Por este motivo, el primer interés de esta investigación es definir ejes generales de debate sobre el tema, interés que se expresa en la siguiente pregunta de investigación:

¿En torno a qué categorías analíticas se organiza el debate teórico sobre la opinión pública internacional?

Una revisión de la bibliografía sobre opinión pública internacional (Rusciano y Fiske Rusciano, 1990; Goldman, 1993; Hill, 1996; Stearns, 2005; Jaeger, 2008) sugiere que cualquier abordaje contemporáneo sobre este tema se sustenta, como mínimo, en cuatro categorías: sujeto (quién es el protagonista o portador de la opinión internacional), contenido (qué dice esa opinión), poder (qué hace –o puede hacer– esa opinión) y proceso (cómo se forma y/u opera). Para sostener que estas cuatro categorías son útiles como “ejes organizadores”, deberíamos encontrar referencias relevantes a cada una de ellas en las diferentes propuestas teóricas existentes. De ninguna manera esperamos que estas categorías funcionen como puntos de consenso, sino más bien como espacios conceptuales de debate.

Naturalmente, sería imposible abordar nuestra pregunta de investigación sin identificar primero cuáles son las definiciones de opinión pública internacional vigentes en la actualidad, los contextos teóricos donde estas definiciones encuentran sustento y los abordajes metodológicos que utilizan. Por este motivo, antes de explorar la cuestión de las categorías analíticas, nos proponemos recorrer un camino marcado por estas cuestiones.

La metodología para abordar este trabajo de investigación consiste en la revisión bibliográfica y el análisis de contenidos. Se identifican los trabajos publicados sobre el tema desde 1989 a la fecha y se lleva a cabo un análisis de sus contenidos, entendiendo este tipo de análisis como el conjunto de procedimientos sistemáticos para realizar inferencias confiables a partir de datos cualitativos, asignando códigos predefinidos a textos y analizando patrones en estos códigos (Stone, Dunphy, Smith & Ogilvie, 1966). Los resultados de este proceso se exponen en el Capítulo II.

Con este camino de investigación, pretendemos evitar la alternativa –siempre tentadora– de “acomodar” modelos a nuestro ambiente como se proponía en la UBA de los años cuarenta, sino más bien avanzar hacia una postura de participación en el ambiente donde esos modelos se imaginan, debaten y construyen. De ahí nuestro interés de identificar algunas categorías analíticas sobre el tema.

Pero la relevancia de proponer estos ejes va más allá de lo teórico. El supuesto central, más bien, es que a través de algunas categorías básicas se puede trasladar el debate hacia el estudio de un problema particular. Cuando hablamos de un problema nos referimos, por ejemplo, a la forma en que los medios utilizan el dispositivo “opinión pública internacional” dentro de su discurso.

Esto, a su vez, nos lleva a presentar la segunda parte de nuestra investigación, donde nos orientamos al análisis de noticias publicadas en la prensa. Concretamente, la intención que motiva esta parte del trabajo es la de tomar un conjunto relevante de artículos periodísticos para reconstruir el conjunto de referencias que en ellos se hace sobre la opinión pública internacional.

Tal como se verá en el Capítulo III, un proceso de búsqueda, clasificación y conteo a través de recursos electrónicos muestra la drástica importancia de un tema particular como disparador de artículos sobre la opinión pública internacional. Este tema fue la intervención militar en Irak en marzo de 2003, incluyendo los debates sobre esta cuestión durante los meses previos a la acción militar. Tomando este tema como criterio de selección, quedó conformado un corpus de artículos periodísticos. El estudio de este corpus se realiza a partir de la siguiente pregunta:

¿A qué se hace referencia en estos artículos cuando se habla de “opinión pública internacional”?

A manera de hipótesis, suponemos que cuando los medios de comunicación mencionan la opinión pública internacional en estos textos, hacen referencia a un conjunto de protestas antibélicas suscitadas en diferentes ciudades del mundo, protestas cuya importancia ha sido enfatizada por Habermas (2008) como signo de una emergente opinión pública internacional (p. 42). Sin embargo, luego del análisis veremos que el concepto es usado por los medios en forma más amplia: la opinión pública internacional equivale a una “voz del mundo” que se expresa de diversas maneras. Las protestas son presentadas, simplemente, como una de estas maneras.

Para estudiar el mencionado conjunto de artículos, se utilizó nuevamente el análisis de contenidos como metodología. En este caso, cada uno de los cuatro “ejes de debate” (sujeto, contenido, poder y proceso) se convirtió en una variable teórica predefinida que permitió analizar y reconstruir los contenidos del corpus. El uso de estas variables puede entenderse como una manera de “descomponer” el concepto de opinión pública internacional en cuatro dimensiones para enfrentar sistemáticamente la pregunta de investigación.

Para concluir estas páginas introductorias, cabe realizar algunas aclaraciones. La primera de ellas corresponde al origen de los materiales estudiados. Casi la totalidad de las fuentes sometidas al análisis de contenidos, incluyendo tanto los estudios académicos como las notas de prensa, tienen el inglés como su idioma de publicación. Una revisión de las revistas académicas en español permite comprobar que los estudios sobre la opinión pública internacional no han proliferado en nuestro idioma. Por otra parte, cuando se pretende analizar artículos de prensa, el inglés permite

acceder a una amplia variedad de contextos nacionales, tal como se puede apreciar en el Capítulo III.

Por muy interesante que sea la tarea de evaluar, por ejemplo, el uso de la expresión “opinión pública internacional” por parte de medios o líderes políticos de nuestro país, lo cierto es que el objetivo de esta investigación se orienta en otro sentido. Nuestra intención es, simplemente, dar algunos pasos iniciales en el tema. Estos pasos consisten en sistematizar y analizar las propuestas teóricas y ciertos usos discursivos que recibe el concepto en la actualidad.

La segunda aclaración se refiere a la diferencia entre opinión pública “internacional” y “mundial”. Tal como veremos más adelante, Christopher Hill (1996) ha propuesto que la primera expresión se utilice para referirse a la opinión de países y la segunda para la opinión de personas (p. 117). Por muy útil que pueda ser esta diferenciación desde la teoría, una mirada a las fuentes bibliográficas y otros espacios discursivos, permite notar que ambas expresiones suelen usarse de manera intercambiable.

Por ejemplo, un artículo de prensa puede usar la expresión “opinión pública internacional” a lo largo de sus párrafos, pero en su título referirse al mismo fenómeno como “opinión pública mundial”, posiblemente por la brevedad necesaria en un título periodístico. De hecho, incluso la palabra “pública” suele obviarse en inglés, idioma donde se ha vuelto frecuente el uso de la expresión *world opinion*. Por estos motivos, las diferentes formas que adquiere esta noción se usarán indistintamente de ahora en adelante, excepto cuando se indica explícitamente lo contrario.

La tercera y última aclaración concierne al interesante desafío de construir un marco teórico para el presente trabajo. Como mencionamos, nuestro primer objeto de investigación está constituido por las teorizaciones sobre la opinión pública

internacional. Veremos que estas teorizaciones están vinculadas a diversos campos disciplinarios, como la opinión pública en general, la comunicación y la teoría de relaciones internacionales. ¿Dónde encontrar, entonces, un panorama teórico general que sirva como marco a esta variedad de propuestas y vinculaciones disciplinarias? Para resolver este problema proponemos dejar a un lado, en primera instancia, todos los textos que se restringen al estudio de la opinión pública internacional, remitiéndonos más bien a las teorizaciones sobre “lo social” en términos amplios. Por eso, la presente investigación comienza explorando el lugar de nuestro tema dentro de la teoría social contemporánea. Este será el objetivo del Capítulo I.

Capítulo I

La opinión pública internacional en la teoría social contemporánea

La teoría social nos invita a incluir una idea de “opinión pública internacional” en nuestra concepción del mundo y, al mismo tiempo, nos impide establecer una definición única de este concepto. En el presente capítulo recorreremos propuestas de autores muy diversos –Habermas, Luhmann, Giddens y Bourdieu– con el propósito de construir un panorama general sobre el tema. Este panorama, a pesar de ser un conjunto fragmentado de ideas, nos permite arribar a algunas conclusiones básicas que serán expuestas al final de este capítulo y que nos permiten orientar la presente investigación.

Un marco teórico como este resulta útil considerando que las fronteras del tema son particularmente controversiales y difusas: la opinión internacional puede presentarse como fenómeno empírico anclado en las actitudes de millones de personas, o bien como un dispositivo esencialmente discursivo usado en el juego de la política. Las asimetrías de poder y los entramados de comunicación pueden jugar diversos roles en las interpretaciones del fenómeno y sus protagonistas pueden ser gobiernos, sociedades, personas o diferentes tipos de organizaciones, mientras que las fronteras nacionales pueden tener mayor o menor importancia en diversos abordajes. Estos constituyen meros ejemplos de la elasticidad que permite la noción de opinión pública internacional. La primera propuesta teórica que consideramos para tratar estos problemas es la del pensador alemán Jürgen Habermas.

1. Habermas: diálogo en la constelación posnacional

En la visión de Habermas, los mencionados problemas se pueden organizar en torno a su noción de “publicidad” (Habermas, 1962/2009, pp. 65-68), por una parte, y las posibilidades de extender esta noción a un escenario “posnacional”, por la otra (Habermas, 2000). Estas dos ideas fueron presentadas por el autor, respectivamente, en la primera fase y en la etapa más reciente de su producción intelectual.

En su influyente *Historia y crítica de la opinión pública*, publicada por primera vez en 1962, suele reconocerse el principal hito de aquella primera fase. En esta obra se defiende el concepto de publicidad burguesa como “la esfera en la que las personas privadas se reúnen en calidad de público” (Habermas, 1962/2009, p. 65) para dialogar de manera racional y crítica sobre temas de interés común, construyendo así un ámbito comunicacional políticamente relevante. La opinión pública no es otra cosa que este mismo diálogo y el influjo que ejerce sobre la política.

Pero más que establecer el concepto de esta esfera y sus dimensiones, la tarea que se plantea dicho libro es entenderla como una categoría histórica y recorrer su “transformación estructural” en el tiempo. Para reconstruir esta transformación, como señala Calhoun (1992), Habermas analiza dos dimensiones básicas de la esfera pública: una dimensión cualitativa (donde la calidad de la discusión se puede medir en términos de racionalidad y crítica) y una dimensión cuantitativa (es decir, la cantidad de participantes en la discusión: el grado de “apertura” de la esfera pública).

Teniendo en cuenta estas dos dimensiones, y asumiendo el riesgo de simplificar demasiado la propuesta de Habermas, señalaremos dos momentos básicos que muestran esta transformación: en su momento constitutivo, la esfera pública (un fenómeno esencialmente burgués) se forma en torno a una discusión donde eran

cruciales los argumentos y no las identidades de los que discutían. Sin embargo, el número de participantes era reducido y los excluidos del diálogo se veían perjudicados en sus intereses por el discurso que manejaban los “miembros” de la esfera pública. Esto sucedió, según Habermas, en los siglos XVII y XVIII. Hoy en día, la cantidad de participantes en esa esfera es mayor, pero la calidad crítica del discurso se ha degradado, lo que viene aparejado con el desarrollo de organizaciones de gran escala como mediadores de la participación individual en la esfera pública. Esta esfera vuelve a adoptar cualidades feudales a medida que los medios masivos de comunicación son empleados para otorgar a la autoridad política un aura de prestigio que alguna vez estuvo restringida a las figuras reales. Este proceso de “refeudalización” convierte la política en un espectáculo donde líderes y partidos buscan la aclamación plebiscitaria de una población despolitizada.

A su vez, estos problemas, que plantean una especie de crisis de la esfera pública, solo pueden superarse mediante el mismo principio fundamental que permitió formarla en un primer momento: la discusión, es decir, el encuentro de argumentos a través del diálogo. Habermas aclara que la noción de esfera pública tiene el propósito de servir como “una herramienta analítica para ordenar ciertos fenómenos” y también acepta que el concepto tiene “inevitables implicaciones normativas” (citado en Calhoun, 1992, p. 462)³. De alguna manera, es un enfoque que pretende responder preguntas sobre *ser y deber ser*.

Establecido este marco, corresponde preguntarnos sobre las posibilidades de aplicar la idea de esfera pública al ámbito internacional. Está claro que en un principio Habermas desarrolló sus propuestas sobre la esfera pública teniendo en mente, sobre todo, los límites internos de la comunidad política nacional. Sin embargo, ya en su

³ Esta y las demás citas tomadas de publicaciones en inglés son traducciones libres realizadas para los fines de la presente investigación.

temprana *Historia y crítica de la opinión pública*, el autor deslizaba algunas consideraciones sobre un ámbito mundial.

Según Habermas (1962/2009), en la visión kantiana ya estaba planteada la idea de “dirigirse al público” como una forma de dirigirse al “mundo”. Para Habermas este mundo al que se refiere Kant no es “el conjunto de fenómenos” ni tampoco “la naturaleza” sino más bien “la humanidad como especie” (p. 139). Por otra parte, aunque no niega el estado de naturaleza en las relaciones internacionales, Habermas cree que los crecientes peligros que supone esta situación conducen, por sí mismos, hacia la formación de un interés general:

Un potencial de autoaniquilamiento total de usos militares ha concitado riesgos de tal magnitud que permiten relativizar tranquilamente el problema de los intereses divergentes: el aún no superado estado de naturaleza que se da en las relaciones entre los pueblos se ha convertido en una amenaza general de tal envergadura que de él resulta, en negación determinada el interés general (Habermas, 1962/2009, p. 259).

De hecho, en una nota al final del libro, el autor habla explícitamente sobre la opinión pública internacional como fuerza vinculada en forma relevante a la problemática de la paz:

Las funciones de la publicidad serían las mismas para una situación jurídica interestatal que para la ordenación jurídica interna al Estado. Desde que Wilson recurrió a la opinión pública internacional como medio de sanción de la federación de pueblos, poniendo en ella esperanzas de altos vuelos, los gobiernos se han visto crecientemente obligados a tomar –cuando menos propagandísticamente– en consideración a la opinión pública mundial: la “paz”, tal como se la define, parece hoy haberse convertido en el tópico central de

una opinión pública internacional exactamente igual como, en el plano nacional, en la época de la Revolución Francesa. . . . Por otra parte, la publicidad, como principio de las relaciones internacionales, se ha hecho relevante para la cuestión de un control efectivo de los armamentos. . . . Hoy como nunca está la idea de la paz adherida al principio de la publicidad; antes, en la expectativa de un proceso, moralmente responsable, de consecución y realización de la justicia; hoy, con la estratégicamente forzada distensión de las relaciones internacionales. El fin, el objetivo, sigue siendo el mismo: la liquidación del estado de naturaleza, cada vez más precario, entre los hombres (Habermas, 1962/2009, p. 332).

Estas referencias al ámbito internacional son tangenciales en una concepción de esfera pública que, como ya se mencionó, está originalmente planteada para entender el ámbito interno de los países y potenciar sus posibilidades democráticas. Sin embargo, esas mismas referencias permiten inferir que la restricción al ámbito nacional corresponde a una circunstancia histórica: la idea se piensa para el plano doméstico de los países porque es allí donde estaba fuertemente concentrada la discusión pública. Pero tal como vimos, “la humanidad” y las relaciones internacionales no quedan en modo alguno excluidas a la posibilidad de “lo público”.

Las reflexiones sobre este tema cobran relevancia en propuestas más recientes –y más coyunturales– del autor, particularmente en torno a la idea de “constelación posnacional” (Habermas, 2000, 2004, 2008). Expresiones de este nuevo escenario son, por ejemplo, “los peligros típicos de la amenaza a la seguridad internacional, así como los crímenes políticos preponderantes que exigen intervenciones y regulaciones internacionales” (Habermas, 2008, p. 28). Además, según postula este pensador alemán, mientras el Estado pierde recursos para cubrir sus necesidades de legitimación y los flujos económicos, tecnológicos y comunicacionales rebasan las

fronteras “soberanas”, la discusión pública en el plano internacional gana relevancia y potencialidad crítica.

Cabe aclarar que el interés central de Habermas no reside en esta discusión por sí misma, sino en sus posibilidades de cristalizarse en normas de derecho internacional, que a su vez amplíen los espacios de diálogo en el mundo. De hecho, considera que el escenario internacional se encuentra en una progresiva “constitucionalización”, proceso que avanza “justo en la misma dirección a la que apuntaba Kant con su idea de una constitución cosmopolita” (Habermas 2008, p. 23).

Además, según esta perspectiva, la constelación posnacional ya tiene un sistema que le puede servir de modelo: Europa, el continente que hoy cuenta con un “gobierno más allá del Estado nacional” (Habermas, 2008, p. 48). Este gobierno tiene su correlato en un espacio abierto a la formación de opiniones. Según este autor, las manifestaciones simultáneas en las capitales de Europa contra la Guerra de Irak, sucedidas el 15 de febrero de 2003, podrían “entrar en los libros de historia como signo del nacimiento de una nueva opinión pública europea” (Habermas, 2008, p. 42).

Hasta ahora, hemos señalado por un lado el concepto de esfera pública y, por el otro, las apuestas de este autor sobre “lo público” en el entorno internacional contemporáneo. Pero también es importante destacar que la idea de esfera pública, como categoría analítica, no sufre una simple y automática “extrapolación” al ámbito internacional. El énfasis en la palabra “constelación” ya transmite una imagen diferente a la de “esfera”, porque destaca la autonomía relativa de los países en ciertos ámbitos y sentidos. Incluso en la imagen de una Europa unificada, donde Habermas (2008) encuentra un modelo de estado cosmopolita, considera que la visión del futuro “sólo puede nacer de la inquietante sensación de desorientación”, articulándose “en la cacofonía salvaje de una opinión pública polifónica” (p. 47).

Para cerrar esta sección resulta útil hacer dos consideraciones adicionales. En primer lugar –y a pesar de que existen diversas propuestas sobre el surgimiento de lo público en un espacio global (e.g. Castells, 2008)– es importante tener en cuenta que el concepto habermasiano de la publicidad se desarrolló en correspondencia con un poder soberano y no simplemente para entender los flujos de comunicación. Según Fraser (2007), en esto reside la “legitimidad normativa y la eficacia política” de la opinión pública (p. 7). Por lo tanto, cualquier reflexión habermasiana sobre el ámbito internacional debe contemplar la carga normativa y las potencialidades de transformación que dicho concepto se atribuye.

En segundo lugar, para poner en contexto las ideas expresadas en esta sección, cabe mencionar que en la propuesta de Habermas la comunicación no solamente es un elemento para caracterizar la esfera pública, sino que también se convirtió en el factor clave para articular toda una visión de la sociedad. Así, en su teoría de la acción comunicativa (Habermas, 2010), el autor pretende definir “de qué está hecha” la realidad social.

2. Luhmann: tematización política en un sistema sin fronteras geográficas

Tal como se mencionó al inicio de este capítulo, estas páginas exploran la opinión pública internacional como tema de la teorización social contemporánea. Considerando que la teoría social está lejos de ser un conjunto cohesionado de ideas, nuestro abordaje consiste en analizar cuatro perspectivas distintas entre sí. Esto implica un notorio cambio de lente cada vez que consideramos un nuevo autor. Al igual que Habermas, Luhmann argumenta a favor de la comunicación como elemento básico de lo social, pero lo hace en términos muy diferentes. A continuación

mencionamos algunas de sus ideas, siempre en búsqueda de la “opinión pública internacional” dentro de su teoría.

Para Luhmann, la sociedad se compone de todas las comunicaciones posibles y esto implica que no está hecha de seres humanos ni se establece por consenso intersubjetivo entre ellos, así como dos personas no son “parte” de una conversación ni hace falta el consenso entre ellas para que la comunicación suceda.

Por otra parte, cuando observamos a la sociedad, hacemos –sobre todo– una diferenciación, porque ese conjunto de comunicaciones que llamamos “sociedad” queda distinguido de todo lo demás, es decir, de todo lo que *no* consideramos comunicación, lo cual identificamos como el entorno. Lo que se conoce como sociedad, entonces, es una operación para reducir complejidad a través del sentido. Pero la observación, a su vez, no puede suceder desde afuera: “el intento de describir la sociedad puede efectuarse sólo en la sociedad, es decir, hace uso de la comunicación, activa relaciones sociales y se expone a la observación” (Luhmann, 1998, p. 27). Por lo tanto, se trata de una operación inescapablemente paradójica y autorreferencial.

En este contexto teórico, ya surge la primera “pista” para el estudio de la opinión pública internacional desde la teoría de Luhmann. Según este autor, si al observar a la sociedad reconocemos a la comunicación como su rasgo característico, entonces la única sociedad posible en la modernidad es la sociedad mundial: “Si se parte de la comunicación como la operación elemental cuya reproducción constituye a la sociedad, entonces en cualquiera comunicación se implica obviamente a la sociedad del mundo” (Luhmann, 2007, p. 112).

Esto es así porque la modernidad ha traído algunos cambios importantes, entre los cuales se cuenta “el descubrimiento total del globo terráqueo como esfera cerrada de comunicación con sentido” y la existencia de un “tiempo único” del mundo: “en cualquier lugar del globo . . . puede establecerse simultaneidad con todos los otros lugares y comunicarse en todo el mundo sin pérdida del tiempo” (Luhmann, 2007, p. 111). La situación previa a estos cambios era muy diferente:

La conciencia de la existencia de partes del mundo más lejanas seguía siendo esporádica, estaba mediada por personas y seguramente luego fue reforzada y prefigurada mediante informes de informes, en forma de dichos. En especial parece que los encuentros bélicos llevaban al hecho de que se describiera el mundo de más allá de las fronteras como una multiplicidad de mundos (Luhmann, 1998, p. 67).

Sin embargo, una vez establecida irreversiblemente la idea de un solo mundo, como una especie de fondo donde todo sucede, entonces no puede distinguirse más de una sociedad. Semejante propuesta, por supuesto, se opone a todas las teorizaciones que toman a las “sociedades nacionales” como referencia, enfoques que Luhmann critica en los siguientes términos:

No obstante las infinitas y universales conexiones que existen en el sistema de la sociedad moderna, la sociología opone resistencia enérgica cuando se trata de reconocer a este sistema global como sociedad. De la misma manera que en el uso lingüístico cotidiano, también en la sociología suele hablarse de sociedad italiana, sociedad española, etcétera; por más que en una teoría, por motivos metodológicos, no debería haber lugar para nombres como Italia o España (Luhmann, 2007, p. 119).

El mundo social, entonces, no es para Luhmann algo articulado en partes territoriales. Sin embargo, esto no impide que se establezca otro tipo de diferencias en su interior. Más bien, la sociedad mundial es “una unidad inaprensible que puede observarse de distintas maneras –y sólo de distintas maneras” (p. 117).

Este reemplazo de “partes” por “maneras” de observación hace que la teoría conciba diversos sistemas funcionales dentro de la sociedad mundial. Al auto-observarse, la sociedad encuentra sentido en lo político, por ejemplo, y lo diferencia del resto de las comunicaciones, formando aquello que la teoría denomina sistema político. Lo mismo puede decirse de la economía, la cultura, el derecho, etcétera. En otras palabras, la misma operación que permite definir a la sociedad como sistema, define también a cada sistema funcional dentro de la sociedad.

Ahora bien. Si tomamos el sistema político en particular, vemos que la operación básica se repite nuevamente en su interior: ciertos temas se distinguen de otros dentro de la política, convirtiéndose en focos de atención general, permitiendo así que continúe la reducción de complejidad y haciendo que el sistema político se reproduzca a sí mismo. Esta “tematización” que tiene lugar en la comunicación política es para Luhmann lo que podemos llamar “opinión pública”. En consecuencia, la opinión pública no es el resultado de un diálogo intersubjetivo ni es lo que “opina la gente”. Sobre esta base, podríamos señalar que la “opinión pública internacional” es la operación por la cual ciertos temas se convierten en agenda de la política en el marco de una sociedad cuyas fronteras, como ya dijimos, no son geográficas ni estatales.

Sin embargo, cabe hacer una aclaración importante. En la teoría de Luhmann (2007), el sistema político y el sistema jurídico moderno son, como únicas excepciones, “diferenciables regionalmente bajo la forma de Estados. Todos los demás sistemas funcionales operan independientemente de límites espaciales” (p. 125). En

consecuencia, la opinión pública como propiedad del sistema político puede distinguirse para Luhmann tanto en el ámbito nacional como global.

Entender la opinión pública en términos de su pertenencia funcional al sistema político significa quitarle el valor crítico o normativo que, por ejemplo, Habermas le asigna. Ya en los primeros años de su producción intelectual, Luhmann expresaba que “un vistazo a la historia intelectual demuestra que la creencia en la razón no podría mantenerse, así como tampoco la creencia en el poder de la opinión pública de ejercer un control crítico o cambiar el gobierno” (Luhmann 1971, citado en Noelle-Neumann, 2000, p. 131).

Aunque desprovista de este poder en particular, la opinión pública encarna un poder integrador clave para el sistema social de Luhmann. De hecho, no hace falta enfatizar la importancia que tiene, para una sociedad de creciente complejidad y diversidad funcional, la aparición de unos pocos temas “simplificados” hacia los cuales se dirige y concentra la atención. Por otra parte, las reglas que rigen la opinión pública tienen poco o nada que ver con los procesos de toma de decisiones: “el sistema político, en la medida en que se apoya en la opinión pública, no queda integrado por las reglas que rigen las decisiones, sino por las reglas que dirigen la atención” (Luhmann, 1971, citado en Noelle-Neumann, 2000, p. 200). Así, los procesos de opinión pública se disparan mediante “fórmulas verbales” que permiten instalar ciertos temas como dignos de discusión o negociación.

Con este bosquejo, más que detallar el concepto y los rasgos de la opinión pública para Luhmann, nuestro interés ha sido enfatizar cómo, a través de un andamiaje teórico de pretensiones universalistas, la opinión pública ha sido presentada como propiedad del sistema político en una sociedad mundial.

3. Giddens: comunicación en un mundo de relaciones “desancladas”

Entre los rasgos centrales de la modernidad, tal como se expuso en la sección anterior, Luhmann señala la aparición de una sola esfera de comunicación que abarca al mundo entero. Aunque Giddens construye un sistema teórico diferente al de Luhmann para entender lo social, los diagnósticos de ambos autores en relación a la modernidad se acercan bastante entre sí. De hecho, en la propuesta de Giddens la idea de una opinión pública internacional puede entenderse como consecuencia de un proceso que caracteriza a la modernidad y que este autor denomina “desanclaje”. Este proceso consiste en relaciones sociales que se “despegan” de sus contextos locales de interacción y se reestructuran “en indefinidos intervalos espacio temporales” (Giddens, 1993, p. 32).

En el mundo premoderno, el tiempo y el espacio estaban firmemente conectados el uno con el otro. Por ejemplo, “nadie podía saber la hora del día sin hacer referencia a otros indicadores socio-espaciales” (Giddens, 1993, p. 29). La invención y propagación del reloj mecánico, así como la homologación mundial de los calendarios, son hitos que muestran la ruptura de esa asociación entre tiempo y espacio, permitiendo a las relaciones sociales “soltarse” de sus contextos locales.

Con el fin de poner este postulado en perspectiva, es importante mencionar que para Giddens (1995), el principal objeto de estudio de las Ciencias Sociales “no es ni la vivencia del actor individual ni la existencia de alguna forma de totalidad societaria, sino prácticas ordenadas en un espacio y un tiempo” (p. 40). De hecho, este autor considera que hay una “excesiva dependencia” hacia la noción de sociedad como sistema delimitado (Giddens, 1993, p. 67). Esta noción, dice, debería ser remplazada por un análisis de cómo está ordenada la vida social en el tiempo y el espacio.

Es desde este enfoque teórico que Giddens (1993) interpreta la globalización, “ese proceso de *alargamiento* en lo concerniente a los métodos de conexión entre diferentes contextos sociales o regiones que se convierten en una red a lo largo de toda la superficie de la tierra” (p. 67). Más puntualmente, define la globalización como “la intensificación de las relaciones sociales en todo el mundo por las que se enlazan lugares lejanos, de tal manera que los acontecimientos locales están configurados por acontecimientos que ocurren a muchos kilómetros de distancia o viceversa” (p. 68).

Este proceso, a su vez, tiene varias dimensiones. La globalización para este autor no es esencialmente económica, como muchas veces se propone, sino que debe entenderse como un proceso donde intervienen al menos cuatro “dimensiones institucionales” de la modernidad: capitalismo (acumulación de capital en mercados competitivos), vigilancia (control de información y supervisión social), poder militar (control de los medios de violencia) e industrialismo (transformación de la naturaleza).

Delineado a grandes rasgos este concepto multidimensional, nos corresponde avanzar hacia el tema específico de una opinión pública internacional. Con este fin, resulta imprescindible empezar señalando que para Giddens (1993) existe “un aspecto más profundo” de la globalización, uno que está detrás de las cuatro dimensiones mencionadas (p. 78). Este aspecto consiste en la mundialización cultural, tema que el autor asocia directamente con las tecnologías de la comunicación:

El impacto globalizador de los medios de comunicación fue puesto de relieve por muchos autores durante el primer período de crecimiento en la circulación masiva de la prensa escrita. Así, un comentarista, en 1892, escribe que como efecto de los periódicos modernos, el habitante de una aldea local tiene una mayor comprensión de los acontecimientos contemporáneos de la que pudiera tener un primer ministro cien años atrás. El aldeano que lee un periódico “se

interesa simultáneamente por la cuestión de la revolución en Chile, una guerra tribal en el este de África, una masacre en el norte de China o una hambruna en Rusia” (Giddens, 1993, pp. 78-79).

Tal como especifica Giddens en el mismo texto, su objetivo con estas palabras es enfatizar que la extensión global de las instituciones modernas no hubiera sido posible sin ese conocimiento social unificado que representan “las noticias”.

Resumiendo lo expresado hasta ahora podemos mencionar tres puntos. Primero, para este autor el distanciamiento espacio-temporal de las relaciones sociales es un rasgo constitutivo de lo que llamamos modernidad y, por lo tanto, este distanciamiento estuvo presente desde los inicios de nuestra era. Segundo, la globalización puede entenderse como una expresión de ese “desanclaje” a nivel planetario, un fenómeno que enlaza causas y consecuencias más allá de las fronteras nacionales. Tercero, esta globalización –a pesar de tener varias dimensiones– se encuentra atravesada por un sustrato fundamental: el desarrollo de las comunicaciones.

Ahora bien. En las últimas décadas, según ha propuesto el autor, estos procesos se han intensificado considerablemente. La modernidad se ha radicalizado, el distanciamiento espacio-temporal se ha vuelto una parte esencial de la experiencia cotidiana de las personas (Giddens, 2007, p. 8) y “el término globalización ha pasado de la nada a ser omnipresente” (Giddens, 2001a, p. 63). Para explicar estas tendencias, la importancia otorgada a las comunicaciones en el enfoque de este autor ha crecido hacia una posición incluso más importante que antes. Podemos notarlo, por ejemplo, en sus palabras durante una entrevista:

La fuerza conductora de la nueva globalización es la revolución de las comunicaciones. Y si queremos encontrar un hito tecnológico, el punto de

inflexión estaría a fines de los años 1960 e inicios de los 1970, cuando por primera vez se puso un satélite efectivo de comunicaciones sobre la tierra, lo que hizo posible la comunicación instantánea de una parte del mundo a otra. Para mí, esto prácticamente cambió la historia del tardío siglo XX (Giddens, 2001b).

Está claro que las comunicaciones se presentan en relación a su infraestructura tecnológica. Sin embargo, la figura no está completa si no enfatizamos la importancia que la comunicación tiene para Giddens como forma de acción *sobre* el mundo. En otras palabras, no sólo se trata de una condición que permite las interconexiones a distancia, sino que las interconexiones comunicativas imprimen determinadas características sobre las condiciones sociales y políticas de la realidad. Concretamente, para Giddens (1993) “la supresión de barreras de comunicación entre las diferentes regiones del mundo, ha permitido que las agitaciones de transformación social estallen prácticamente en la totalidad de la superficie terrestre” (p. 19). Con este tipo de postulados, no sólo se defiende la relevancia de una comunicación “desanclada” para entender el mundo actual, sino que también se abre espacio a la idea de una opinión pública capaz de producir transformaciones en el ambiente globalizado. Nuevamente, el germen del fenómeno está en los inicios de la modernidad, pero se señala su radicalización en las últimas cuatro décadas.

Algunos ejemplos ilustran dicha idea. Para este autor, si no fuera por la revolución de las comunicaciones, no hubieran sido posibles los cambios en Europa del Este en 1989, el colapso de la Unión Soviética ni el final del apartheid en Sudáfrica (Giddens, 2001a, p. 65). “Las protestas callejeras que tenían lugar en un país eran observadas por audiencias televisivas de otros, y mucho público se lanzaba entonces a las calles” (Giddens, 2007, p. 9). De hecho, Giddens (2001a) considera que por aquellos años hubo “una especie de diálogo global sobre la democratización” (p. 65).

Por otra parte, este tipo de fenómenos puede entenderse como una manifestación de la reflexividad que (junto al referido distanciamiento espacio-temporal) caracteriza a la dinámica moderna. Esta reflexividad consiste en que “las prácticas sociales son examinadas constantemente y reformadas a la luz de nueva información sobre esas mismas prácticas, que de esa manera alteran su carácter constituyente” (Giddens, 1993, p. 46). En otras palabras, las fuerzas internacionales de comunicación pueden entenderse como una manera en que “el mundo” se constituye a sí mismo en la actualidad.

La confianza de Giddens en el poder de estas fuerzas se vuelve particularmente notoria cuando se expresa en un lenguaje prescriptivo, ya que desde ese registro les asigna grandes desafíos. Para Giddens (2007), la democracia contemporánea “debe volverse transnacional. Tenemos que democratizar por encima –y también por debajo– del nivel de la nación. Una era globalizadora requiere respuestas globales, y esto se aplica a la política tanto como a cualquier otra área (p. 36)”.

Sin embargo, nada garantiza que esto suceda. Más bien, los procesos asociados a la globalización conllevan importantes peligros, ya que “los riesgos ecológicos, las fluctuaciones en la economía mundial o el cambio tecnológico global no respetan las fronteras nacionales (p. 37).” Además, los medios de comunicación “tienden a destruir el propio espacio de diálogo que abren, a través de una trivialización y personalización inexorable de las cuestiones políticas” y el “crecimiento de gigantescas empresas multinacionales de comunicación” (p. 37).

Aunque Giddens no instala explícitamente la idea de comunicación en el centro de su universo teórico, a medida que este autor avanza en la explicación de los fenómenos internacionales, los procesos de comunicación van tomando cierto protagonismo, al

punto de ser presentados como la fuerza motriz de la globalización y la precondition de cambios políticos fundamentales.

4. Bourdieu: opiniones movilizadas en campos transnacionales

Tal como se expuso en la sección anterior, la propuesta teórica de Giddens pretende pensar la opinión pública internacional como un aspecto importante de la globalización. En los próximos párrafos intentamos abordar el tema desde una postura muy diferente, donde la opinión pública “no existe” (Bourdieu, 1972) y, además, la globalización no es más que una máscara para imponer intereses conservadores (Bourdieu, 1999, 2002).

El universo teórico de Bourdieu se basa en una observación específica: la dinámica entre actores que compiten por acumular diversos tipos de capital, competencia que tiene como correlato la formación de un mapa de relaciones que el autor llama “espacio” social. La competencia por cada tipo de capital (económico, cultural, simbólico, etcétera), forma a su vez “campos” relativamente autónomos unos de otros (Bourdieu, 1997). La posición que ocupa cada actor dentro de estos campos hace que –a lo largo de su trayectoria– se encarnen en él determinadas disposiciones que en conjunto Bourdieu denomina habitus. Actuar (es decir, luchar por los diversos tipos de capital), es en gran medida una puesta en marcha de estas disposiciones presentes en el sujeto, fenómeno que a su vez ayuda a reproducir las características estructurales que tienen aquellos campos de relaciones.

Este conjunto de premisas teóricas ha sido utilizado por Bourdieu para estudiar un diverso rango de temas. En relación a la opinión pública, es célebre su conferencia donde ataca el concepto predominante de opinión pública (Bourdieu, 1972). En las encuestas, que es a donde Bourdieu dirige sus críticas, se asume que todo el mundo

puede tener una opinión, que todas las opiniones tienen el mismo peso y que existe un acuerdo sobre las preguntas que vale la pena plantear. Tales suposiciones, según Bourdieu, causan toda una serie de distorsiones, a pesar del rigor metodológico que pueda aplicarse en la recogida y análisis de los datos.

Por eso, la opinión pública es descrita por Bourdieu (1972) como un simple artefacto cuya función es disimular que el estado de la opinión en un momento dado es un sistema de fuerzas, de tensiones. Lo interesante de esta postura (más allá de proponer que la opinión pública “no existe”) es que Bourdieu sí reconoce un “estado de la opinión”. En este estado, las opiniones están siempre divididas y movilizadas dentro los campos. Además, están vinculadas con disposiciones menos explícitas y más profundamente arraigadas en los agentes:

. . . existen, por una parte, opiniones constituidas, movilizadas, de grupos de presión movilizadas en torno a un sistema de intereses explícitamente formulados; y, por otra, disposiciones que, por definición, no son opinión si se entiende por tal, como he hecho a lo largo de todo este análisis, algo que puede formularse discursivamente con una cierta pretensión a la coherencia (Bourdieu, 1972).

Nada de esto nos obliga a pensar que la expresión “opinión pública” sea irrelevante para Bourdieu. Su importancia, sin embargo, no radica en su contenido “real” como agregado de opiniones, sino más bien en los usos políticos que esta expresión recibe. En la búsqueda de diversos tipos de capital, determinados agentes invocan la idea de opinión pública y la utilizan como un arma. “El hombre político es el que dice: ‘Dios está de nuestra parte’. El equivalente de ‘Dios está de nuestra parte’ es hoy en día ‘la opinión pública está de nuestra parte’” (Bourdieu, 1972).

Por lo tanto, agregar el calificativo de “internacional” a la opinión pública, sería simplemente adornar una ficción o, en todo caso, aumentar el alcance de un dispositivo discursivo que se utiliza para reproducir asimetrías de poder en el mundo. En este sentido, cualquier uso de la expresión “opinión pública internacional” debería ponernos en alerta y despertar sospechas. Lo que Bourdieu sí defiende es la idea de opiniones “movilizadas” en un campo de relaciones, presentándolas como “algo real” y capaz de asumir lo internacional como atributo.

Antes de avanzar en esta línea, es importante mencionar que Bourdieu no presentó nada parecido a una aplicación sistemática de su propuesta teórica al ámbito internacional. No lo hizo en relación a conceptos como campo, capitales y habitus; mucho menos en relación a un tema puntual como la opinión pública. Pero al mismo tiempo, sería un error postular que las categorías de análisis construidas por Bourdieu están intrínsecamente ligadas al análisis del ámbito interno de los países. Un libro reciente (Adler-Nissen, 2013), por ejemplo, recoge diversos puntos de contacto entre la sociología de Bourdieu y el estudio de la política internacional.

Hecha esta aclaración, podemos mencionar que durante la última etapa de su trayectoria, cuando Bourdieu asumió el rol de un “intelectual público” en guerra contra el neoliberalismo, lo internacional adquirió particular importancia en sus postulados. Por un lado, denunció la globalización como parte de una retórica universalista que permite enmascarar las políticas particulares fomentadas por el neoliberalismo. Pero por otra parte, aunque parezca irónico, Bourdieu puso en el campo transnacional buena parte de sus esperanzas para la lucha *contra* la globalización. El siguiente pasaje, que apunta a fomentar un “movimiento social europeo”, es un interesante ejemplo de esta postura:

Artistas, escritores, investigadores, pero también editores, directores de galerías, críticos, de todos los países deben movilizarse hoy cuando las fuerzas de la economía . . . encuentran un notable refuerzo en las políticas presentadas como liberalización que las fuerzas económica y culturalmente dominantes aspiran a imponer universalmente bajo la fachada de 'globalización' (Bourdieu 2001, citado en Leitch, 2001, p. 162).

En términos como estos, un intelectual opuesto a la idea de opinión pública, y un hombre declarado como activista anti-globalización, hace su propia convocatoria para agrupar y movilizar opiniones a nivel internacional. Así, las "opiniones movilizadas" que Bourdieu proponía en su conferencia de 1972 como alternativa al concepto de opinión pública, parecen no sólo facultadas para cruzar los límites del espacio nacional, sino también llamadas a hacerlo.

5. Conclusiones

Elegir una de estas cuatro posturas y usarla como enfoque teórico de la presente investigación, significaría sacrificar la gran riqueza conceptual de las otras tres posturas. Combinar los cuatro enfoques en un solo esfuerzo, sería un intento de acercar concepciones filosóficas muy distantes, obviando debates arduos y complejos de la teoría social. Finalmente, extraer algunas ideas de cada propuesta, sin respetar el marco donde cada autor las ha presentado, sería una arbitrariedad.

Como se mencionó al principio del presente capítulo, la decisión de construir este marco teórico plural supone asumir un importante costo, que consiste en abandonar toda pretensión de "definir" de manera única a la opinión pública internacional o de ubicarla en un edificio teórico particular y cohesionado. Sin embargo, tomando como

base las cuatro perspectivas teóricas estudiadas, es posible presentar algunas premisas –muy modestas, por cierto– que resultan no solamente útiles, sino también suficientes para los fines de la presente investigación.

La primera de ellas es que la opinión pública internacional es un tema que reúne las condiciones para ser “digno” de la teoría social contemporánea. En otras palabras, es posible notar su presencia en enfoques que pretenden (y de hecho, se les reconoce) gran capacidad de generalización a la hora de comprender y explicar lo social. Por lo tanto, hablar de la opinión pública internacional no implica necesariamente su aceptación irreflexiva como el resultado de una encuesta hecha en varios países, por ejemplo, o como un fantasma presentado por el discurso de un líder político. También significa explorar algo que, según enfoques teóricos de amplia influencia, es una dimensión relevante del mundo moderno.

Claramente, estos enfoques teóricos varían a la hora de explicar la naturaleza de este fenómeno, que puede ser presentado como un conjunto de acuerdos intersubjetivos con valor normativo (Habermas), como propiedad funcional del sistema político (Luhmann), como causa y efecto de comunicaciones globalizadas (Giddens) o como conjuntos de opiniones en competencia (Bourdieu). Pero en todos los casos, estudiar la opinión internacional es estudiar un aspecto del mundo contemporáneo.

Por otra parte, esta opinión sucede en un “lugar”, que puede ser la constelación posnacional (Habermas), el sistema político internacional (Luhmann), el mundo globalizado (Giddens) o campos transnacionales (Bourdieu). A su vez, cada uno de estos escenarios está vinculado a una determinada cosmovisión de lo social. Es innegable que estas cosmovisiones presentan grandes distancias entre sí, pero todas ellas coinciden en otorgar algún tipo de “ubicación” a la opinión pública internacional.

La posibilidad de identificar esto en cada uno de dichos sistemas teóricos, y de comparar a grandes rasgos los supuestos básicos que presentan estos sistemas, implica finalmente que la opinión pública internacional es, hoy en día, un tema susceptible de debate. Tal como puede notarse en la introducción del presente trabajo, nuestro objeto de estudio no será la opinión pública internacional “en sí misma”, sino más bien lo que se dice de ella en propuestas académicas especializadas (Capítulo II) y artículos periodísticos (Capítulo III). Al estudiar estos materiales, se reconocerán fácilmente los ecos directos o indirectos de algunas ideas tratadas en este primer capítulo.

En síntesis, las propuestas de Habermas, Luhmann, Giddens y Bourdieu son suficientes para afirmar que estamos ante un tema teóricamente relevante, semánticamente vinculable a otros asuntos y, además, susceptible de ser debatido. Nuestros objetivos de investigación no demandan mayor base teórica que esta.

Capítulo II

El estudio de la opinión pública internacional:

Delineando categorías para el análisis

En el capítulo anterior postulamos la pertinencia teórica de la opinión pública internacional como tema de estudio y vimos abierta la posibilidad de establecer debates significativos al respecto. Es con esta confianza que abordamos la siguiente pregunta de investigación:

¿En torno a qué categorías analíticas se organiza el debate teórico sobre la opinión pública internacional?

Ninguno de los textos que recorrimos en las páginas precedentes puso la opinión internacional en el centro de su análisis. Más bien, sus autores dieron prioridad a la intención de teorizar sobre “lo social” en términos amplios, eligieron diferentes caminos y –en estos caminos– asignaron algún lugar a la opinión internacional. En consecuencia, no pretendemos que esos textos nos provean categorías compartidas de análisis para nuestro tema. Más bien, ahora nos movemos hacia aquellos abordajes que sí enfocaron su lente en la opinión pública internacional.

Para estudiar estos abordajes, y antes de plantear en forma directa la interrogante de las categorías, nos proponemos identificar cuáles son las definiciones de opinión pública internacional vigentes en la actualidad, los contextos teóricos donde estas definiciones encuentran sustento y los abordajes metodológicos que utilizan.

1. Los estudios sobre la opinión pública internacional

La noción de una opinión pública en el ámbito internacional no es nueva. Autores como Kant y Bentham le asignaron un rol fundamental como fuerza a favor de la paz (Kant, 1795/2005; Bentham, 1843/1991). Por otra parte, diversas referencias a este concepto muestran su arraigo en el discurso político occidental a lo largo del siglo XIX (Jaeger, 2010).

Las expectativas depositadas en el concepto de opinión pública internacional llegaron a su apogeo después de la Primera Guerra Mundial, cuando se la presentó como una especie de “antídoto” destinado a evitar otra conflagración de esa naturaleza. El fracaso que supuso la Segunda Guerra Mundial no borró este concepto del discurso político, pero marcó el inicio de una fuerte desconfianza hacia su sentido, legitimidad y eficacia. La división ideológica que caracterizó a la Guerra Fría, por su parte, contribuyó a mantenerla en un segundo plano. De hecho, en la década de 1960 esta expresión ya “empezaba a oler a viejo” (Hill, 1996, p. 115).

Esto no impidió que el tema se convirtiera en foco de análisis para algunas investigaciones académicas por aquellos años. A mediados de siglo, Davison (1952) se propuso estudiar el uso de la comunicación por parte de los estados para influenciar el comportamiento político de personas en otros países, tema que el autor denominó “comunicación política internacional”, y más adelante publicó un artículo titulado “Opinión Pública Internacional y Mundial” (Davison, 1973). En el marco de las relaciones internacionales, por otra parte, Wight (1977) abordó tangencialmente el tema de la opinión pública internacional e intentó presentarla como una noción vigente, por lo menos, desde la antigüedad griega. Merle (1978) también tocó el tema desde la teoría de relaciones internacionales y propuso entender esta opinión como una de las “fuerzas transnacionales” del mundo contemporáneo.

Pero fueron los años inmediatamente posteriores a la caída del muro de Berlín los que registraron un renovado interés por el tema. El fin de la Guerra Fría y postulados como el surgimiento de un “nuevo orden mundial” o el “fin de la historia”, dieron un fuerte impulso a los debates en torno a la posibilidad y características de una opinión pública de alcance internacional. Desde luego, esto no significa que los estudios sobre el tema dejaron atrás el conflicto ideológico de un día para el otro. La propuesta de Goldman (1993), por ejemplo, aparece atravesada por la importancia de la Guerra Fría. Este autor se propone estudiar si la “opinión mundial” plasmada en protestas masivas contra la proliferación nuclear tuvo algún impacto en las negociaciones del tratado que Estados Unidos y la Unión Soviética firmaron en 1987. Por otra parte, un evento particular activó varias investigaciones sobre el tema en 1990. Se trata de la Crisis del Golfo, caso que algunos autores usaron para poner a prueba la relevancia de una opinión pública internacional en el incipiente escenario “post Guerra Fría”. (e.g. Hinckley, 1993; Wilcox et al., 1993).

Además de analizar el impacto de la opinión internacional sobre acontecimientos históricos, algunos trabajos muestran una preocupación más general por investigar (y construir) el significado de esta expresión. Bajo el título “Hacia una noción de opinión mundial” (Rusciano & Fiske Rusciano, 1990), dos investigadores publicaron un artículo donde postulan que el concepto de opinión pública mundial se utiliza en los medios de comunicación con un significado claro. Así, estos autores propusieron una determinada definición del fenómeno utilizando para este fin el discurso de periódicos seleccionados de diferentes países. En colaboración con otros investigadores, continuaron publicando trabajos sobre el tema durante más de veinte años, sin modificar sustancialmente su enfoque (Rusciano et al., 1998; Rusciano, 2001, 2006; Rusciano & Hill, 2004). Un hito académico en el proceso que estamos describiendo fue la conferencia denominada “La Opinión Mundial y el Imperio de la Circunstancia”,

donde Cristpoher Hill (1996) exploró diferentes significados asociados a esta expresión y defendió su relevancia para todos los paradigmas que rigen el estudio de las relaciones internacionales.

La década de 2000 vio nuevos esfuerzos por entender y estudiar el concepto de opinión pública internacional. Varios de estos esfuerzos se agrupan en torno a la política exterior y la imagen de “la única superpotencia en pie”, especialmente luego del ataque terrorista a las torres gemelas y las decisiones de intervenir militarmente en Afganistán e Irak (Goot 2004; Bobrow, 2005; Rusciano, 2006). Los debates sobre una intervención en Irak, y en particular las manifestaciones masivas en contra de esta intervención en diferentes ciudades del mundo, se constituyeron en el caso “por excelencia” para la reflexión sobre la relevancia y rol de la opinión mundial.

Por otra parte, a mediados de la década se publica un libro que intenta poner el fenómeno de la opinión pública internacional en una amplia perspectiva histórica (Stearns, 2005), rastreándolo desde finales del siglo XVII hasta la actualidad e identificándolo como una fuerza social que reúne reacciones de indignación desde lugares muy distantes del mundo en relación a determinados temas.

Hacia finales de la década aparece una propuesta particular desarrollada por Jaeger (2008, 2010), quien busca dejar a un lado las pretensiones empíricas sobre la existencia de una fuerza social intersubjetiva que pueda llamarse opinión pública internacional. Más bien, prefiere analizarla como un “concepto-en-uso” incorporado en el discurso de la política internacional y que permite concebir “formas post-soberanas de gobernabilidad” (Jaeger, 2008, p. 589).

En todos los trabajos mencionados hasta el momento, la opinión pública internacional se plantea como un concepto teórico de características problemáticas, su relevancia

se reconoce como un tema abierto al debate y las posibilidades metodológicas de estudiarla se presentan en forma muy incipiente. Sin embargo, es importante mencionar un campo donde tales problemas no han sido motivo de preocupación. Se trata de la línea de investigación que entiende la opinión pública internacional como un simple agregado de opiniones individuales, conocible a través de encuestas cuyas muestras están repartidas en diferentes países. El uso de estas herramientas como forma de conocer la opinión pública en el ámbito interno de los países se volvió frecuente en la década de 1930. Fue en la década de 1970 cuando se propagaron los intentos de aplicar estas técnicas al ámbito internacional (Stearns, 2005, p. 5), dando inicio a la formación de lo que podríamos identificar como un sub-campo de investigación vigente hasta nuestros días.

Pero nuestro interés está en las categorías analíticas usadas para definir a la opinión internacional y no en el uso de una técnica empírica determinada, técnica que a fin de cuentas estará fuertemente condicionada por una u otra concepción teórica sobre el tema. Con este criterio en mente, y tomando como base el recuento realizado en las páginas precedentes, podemos decir que desde el final de la Guerra Fría hasta nuestros días se han presentado al menos cinco propuestas teóricas relevantes para los fines de nuestra investigación. Estas cinco propuestas corresponden a autores que ya mencionamos: Kjell Goldman, Frank Rusciano et al., Christopher Hill, Peter Stearns y Hans-Martin Jaeger.

Una revisión de la bibliografía publicada por estos investigadores permite notar que no existe un consenso general entre ellos sobre su tema de estudio. El desafío que nos proponemos es avanzar hacia algunas categorías generales de análisis que permitan “organizar el debate” entre esta diversidad de perspectivas.

2. Un campo donde todos “empiezan de cero”

Las diferentes propuestas estudiadas, a la hora de plantear antecedentes para sus respectivas investigaciones, coinciden a grandes rasgos en señalar dos aspectos básicos: primero, que la idea de opinión pública internacional se utiliza con frecuencia en contextos cotidianos (como la política y los medios) sin necesidad de una definición explícita. Segundo, que a pesar de este uso corriente, el concepto no ha recibido una atención seria ni satisfactoria.

Cuando Rusciano y Fiske-Rusciano (1990) tomaron el tema como objeto de estudio, manifestaron este desfase entre el uso común del concepto, por un lado, y el análisis de su significado, por el otro: “La expresión ‘opinión mundial’ ha gozado de amplio uso antes de haber sido adecuadamente definida. A pesar de las frecuentes referencias por parte de científicos sociales, periodistas y líderes del mundo, elude una definición consistente y sistemática” (p. 305).

El historiador Peter Stearns (2005), al proponerse recorrer el comportamiento del fenómeno a lo largo de los últimos dos siglos, empieza buscando –como es natural– una definición de su objeto y llega a la siguiente conclusión: “Sorprendentemente nadie ha examinado hasta ahora la opinión mundial de una manera sistemática, a pesar del hecho de que escuchamos sobre ella frecuentemente y que las compilaciones de encuestas internacionales han existido desde los años 1970” (p. 5). Curiosamente, en una nota al pie de su libro, Stearns (2005) reconoce “el esfuerzo reciente” de definir este fenómeno por parte Rusciano y su equipo, pero los resultados de este esfuerzo le parecen inadecuados, o al menos insuficientes, para los objetivos de su investigación histórica (p. 215).

Una disciplina donde podría esperarse el desarrollo conceptual y empírico de este tema, es la teorización sobre las relaciones internacionales. Sin embargo, Jaeger describe la situación en este campo utilizando palabras muy similares a los otros autores:

Mientras que las referencias a una 'opinión mundial (o internacional)' son comunes en el discurso político contemporáneo, el concepto no suele recibir mayor escrutinio en Relaciones Internacionales. Tanto para los líderes políticos como para los comentaristas, el significado de 'opinión mundial' parece ser auto-evidente y su sentido empírico (Jaeger, 2008, p. 590).

Aunque en base a diferentes perspectivas, cada uno de los abordajes que acabamos de citar se presenta a sí mismo como el inicio de un trabajo sistemático en el estudio del tema. Considerando este panorama, es necesario preguntarnos cuál es la definición que propone cada uno de estos autores para conceptualizar a la opinión internacional.

3. Definiciones de opinión pública internacional

¿De qué se habla cuando se habla de una opinión pública internacional? Para responder a esta pregunta, y antes de profundizar en los supuestos que permiten teorizar al respecto, pasaremos revista a las definiciones que proponen los autores estudiados.

Un primer postulado que recogemos es el siguiente: "Para que una opinión se pueda considerar internacional es necesario que su objeto, aquello sobre lo que se opina, sea extranjero, interestatal o transnacional y que sea sostenida en varios países"

(Goldman, 1993, p. 42). Aquí la idea de “opinión” se da por sentada y lo que se busca definir es su carácter “internacional”, carácter que está dado por la ubicación tanto de los sujetos como del objeto de la opinión. Ambos deben tener su arraigo en varios países. El ejemplo que ofrece este autor es el de las opiniones movilizadas contra las armas nucleares en la década de 1980. A su vez, tal como Goldman (1993) reconoce, una opinión puede ser “más internacional” o “menos internacional” según su grado de propagación en diferentes países (p. 42).

En términos generales, la definición de Hill (1996) no está muy lejos de la mencionada. Para este autor, se trata de “la fuerza que ejercen las actitudes y la expresión de opiniones más allá de los confines de un estado” (p. 115). La idea de “fuerza” agrega la capacidad de influencia como algo inherente al concepto. Luego de esta definición general, el autor nota que existen dos acepciones divergentes de la expresión: por un lado, la opinión de los estados (que propone bautizar como “opinión internacional”) y, por el otro, la opinión de las personas más allá de sus identidades nacionales (a la que denomina “opinión mundial”).

Con una fuerte apuesta por aplicar las ideas de Noelle-Neumann (2010) al ámbito internacional, Rusciano et al. (1998) otorgan mayor sofisticación al concepto, caracterizándolo como el conjunto de “juicios morales de observadores que deben ser considerados por los actores en el escenario internacional, a riesgo de sufrir aislamiento como naciones” (p. 27). Un ejemplo de este enfoque sería el aislamiento internacional que sufrió el gobierno de India en 1998 por sus pruebas nucleares, tema que el autor estudia a través de un análisis de contenidos en periódicos seleccionados de diferentes países (Rusciano, 2001).

Stearns (2005), por otro lado, considera que la idea de opinión mundial

implica la capacidad de reaccionar a acontecimientos (reales o imaginados) en partes distantes del globo con algún sentido de indignación apasionada y una creencia de que hay o debe haber algunos estándares comunes para la humanidad (p. 7).

Además, agrega que esta reacción “tiende a emerger alrededor de hechos puntuales, es voluble, y puede desaparecer en forma bastante repentina” (p. 5). La opinión pública implica –según Stearns– “un grado medible de pasión pública sobre sucesos fuera de fronteras estrechas” (p. 8).

Sin duda, la “indignación apasionada” es un elemento que sobresale en el abordaje de Stearns. Este aspecto se presenta vinculado a la noción de que –en un ambiente tan amplio y diverso como el internacional– sólo pueden considerarse “globales” aquellas voces que tienen la suficiente fuerza para “hacerse oír”. Otra clave particular de esta definición es el tema de la creencia en patrones de comportamiento comunes para la humanidad como sustento de la opinión mundial. El primer fenómeno histórico que cumple con dichos requisitos, según este historiador, es el movimiento contra la esclavitud desarrollado en los siglos XVIII y XIX (Stearns, 2005, pp. 21-36). Algunos ejemplos actuales serían las actividades en defensa del medio ambiente a nivel internacional y las movilizaciones contra ciertas empresas multinacionales por sus comportamientos no éticos (pp. 139-154).

Finalmente, acudimos al autor que no pretende definir empíricamente a la opinión mundial como fenómeno, sino analizar su funcionamiento dentro del discurso político. Para Jaeger (2008) la opinión mundial es un “dispositivo semántico y funcional” que contribuye a la auto-reproducción de la política mundial como un sistema social diferenciado, un dispositivo que además “permite formas post-soberanas de gobernabilidad internacional, independientemente de una normatividad inherente” (p.

589). El ejemplo que aporta este autor remite a la fundación de la Organización de Naciones Unidas (ONU), argumentando que fueron los significados asociados al concepto de opinión mundial en un campo discursivo, los que permitieron constituir y poner en marcha formas de gobernabilidad internacional a través del diseño e implementación de ese organismo.

4. Contextos teóricos de referencia

En la sección anterior mencionamos definiciones que tratan de construir el significado de la expresión “opinión pública internacional” o “mundial”. Como habíamos señalado anteriormente, ninguno de estos trabajos recogió una definición previa del fenómeno que le resultase satisfactoria y que sirviese como punto de partida para su trabajo. Todos se presentan como pioneros y cada uno de ellos desarrolla una definición propia. Pero naturalmente, en este proceso de “crear” el propio objeto de estudio, entran en juego los supuestos o creencias que hacen de base o asidero. En otras palabras, la caracterización de la opinión pública internacional no sucede en un vacío teórico y, por lo tanto, sería un error avanzar directamente hacia la búsqueda de categorías comunes entre estas cinco propuestas, sin antes explorar los contextos epistemológicos donde estos autores encuentran sustento.

El objetivo de explorar estos contextos es identificar bajo qué supuestos básicos se justifica el conocimiento y relevancia de una opinión pública de carácter internacional. Cuando se trata de buscar bases para el conocimiento, la filosofía de la ciencia opera como un marco general de referencia. En este marco, tal como expone Schuster (2002), el “postempirismo constituye la escena dominante de la reflexión filosófico-metodológica respecto de la ciencia en la actualidad” (p. 34). Esto es así a partir de los

años sesenta y setenta, cuando entra en crisis el modelo clásico de la filosofía de la ciencia.

Este “modelo clásico” que entró en crisis, siguiendo al mismo autor, se caracterizaba –entre otros puntos– por la idea de que el conocimiento científico es “un conjunto de enunciados de distintos niveles de generalidad y abstracción, testeables empíricamente y organizados en las teorías científicas” (Schuster, 2003, p. 34). Como ya mencionamos, la confianza en estas teorías organizadas y de pretensión empírica se ha visto crecientemente erosionada entre los epistemólogos, dando lugar a una amplia pluralidad de abordajes “postempiristas”. Teniendo en consideración este quiebre, nos corresponde analizar las posiciones asumidas por los textos que constituyen nuestro objeto de estudio.

De los cinco abordajes estudiados, cuatro (Goldman, Rusciano et al., Hill y Stearns) muestran confianza en la existencia empírica de una opinión pública internacional como fuerza social y política del mundo contemporáneo e intentan producir una abstracción teórica sobre esta base, aunque en general reconocen el carácter rudimentario de su análisis. El quinto autor, H.M. Jaeger, asume una posición diferente. Él evita preguntarse si la opinión pública internacional de veras “existe” sociológicamente y prefiere considerarla como una propiedad del discurso. Este enfoque busca apoyo en las ideas de Luhmann, donde la opinión pública no se define como un agregado o consenso de opiniones (Jaeger, 2008, p. 590). Más bien, es la estructura temática de la comunicación política. Esta “tematización” permite al sistema político seleccionar sus focos de atención, sin ninguna necesidad de que estos focos coincidan con opiniones “recogidas” en las “bases” de la sociedad.

Presentar a la opinión pública como un agregado o consenso de opiniones (por ejemplo, a través de encuestas o procesos deliberativos) contribuye a su credibilidad

en la política, pero –según el abordaje de Jaeger– esto no es esencial para su funcionamiento. A su vez, este enfoque adquiere una particular utilidad cuando la opinión pública se aborda como fenómeno del ámbito internacional, donde la idea de un “público” aparece más difusa que en el ámbito doméstico, y las representaciones de la opinión son más difíciles de fundamentar o evaluar con pruebas empíricas. Pero esto no implica que el concepto de opinión pública internacional esté desprovisto de funciones en el mundo. Por el contrario, el argumento del autor es que a través de este concepto se implementan formas de “governabilidad” en el ámbito de la política internacional contemporánea, un ámbito donde la vigencia de las soberanías nacionales estaría quedando atrás. En la propuesta de Jaeger, estas ideas de gobernabilidad y post-soberanía tomadas de Michel Foucault (Jaeger, 2008, pp. 591, 594), se combinan con la definición luhmanniana de opinión pública como propiedad semántico-funcional del discurso, para generar interpretaciones sobre la opinión pública internacional como “concepto-en-uso”.

Con la crisis del empirismo en el ámbito de la epistemología, es de esperar que este tipo de enfoques ganen importancia. Por otra parte, aquellos enfoques que sí suponen la existencia empírica de la opinión mundial, parecen estar asentados sobre un terreno filosófico cada vez más frágil. Esto no impide, por supuesto, que su utilización adquiera mayor fuerza desde un punto de vista instrumental en diversos campos sociales y políticos.

Hecha esta distinción general entre los textos que constituyen nuestro objeto de estudio, nos corresponde analizar en mayor detalle los puntos epistemológicos de apoyo que están presentes en su análisis. Con este lente, salta a la vista otro tema fundamental: todos los textos estudiados, a pesar de sus diferencias (incluso disciplinarias), aparecen atravesados por las tensiones que dividen a la teoría de las relaciones internacionales.

Tradicionalmente, la más conocida de estas tensiones ha sido la que divide a realismo e idealismo. El primero asume que los estados, caracterizados por su soberanía, son los principales protagonistas de las relaciones internacionales. Ante la ausencia de un gobierno supranacional, los estados se mueven en un escenario esencialmente anárquico y dependen de sus propias acciones para su supervivencia. El idealismo, en el otro extremo, es una tradición que propone la factibilidad y necesidad de estructuras organizativas en el ámbito internacional que permitan procesos pacíficos de cambio, desarme, arbitraje y –cuando sea necesario para los procesos de paz– la coerción.

Ambas tradiciones constituyen ámbitos elásticos con una diversidad de enfoques y propuestas. Además, ambas han experimentado importantes variaciones en su importancia y características a lo largo del tiempo. En los últimos años, por ejemplo, la tensión entre estas dos tradiciones ha tomado la forma de un debate (e incluso un acercamiento) entre “neorrealismo” y “neoliberalismo”. Por otra parte, también existe un número de abordajes teóricos que interpretan las relaciones internacionales desde otros ángulos, tratando de escapar a la tensión entre estas dos posturas que, a fin de cuentas, representan el *mainstream* de la teorización en dicha disciplina.⁴

Los investigadores que se han abocado al estudio de la opinión pública internacional tienen como una característica en común el uso de referencias (explícitas o implícitas) a estas tensiones que dividen la teorización sobre relaciones internacionales. Uno de los enfoques (Goldman), aparece atrapado en el dilema realismo/idealismo. Por otra parte, tres de los enfoques (Hill, Rusciano et al. y Stearns) buscan tender algún tipo de puente entre ambas posturas. Finalmente, el quinto enfoque (Jaeger) pretende superar la dicotomía realismo/idealismo a través de una nueva propuesta.

⁴ Una introducción general a las teorías contemporáneas de Relaciones Internacionales puede encontrarse en Baylis, Simith & Owens (Eds.), 2010.

A continuación desarrollamos las posturas mencionadas en el párrafo anterior. Cuando Goldman (1993) presenta un caso de estudio –la influencia de la opinión internacional en las negociaciones de un tratado–, se propone determinar si este caso “apoya al ‘optimismo’ idealista o al ‘escepticismo’ realista” (p. 42). Luego de su análisis, la conclusión del autor es que la opinión internacional sí produce impactos sobre las relaciones entre los gobiernos, pero estos impactos suceden en forma impredecible e indirecta (pp. 53-57), problema que a su vez impide dirimir el problema idealismo-realismo.

Para Hill (1996), en cambio, “es un error crear una dicotomía tajante entre el poder estatal y la opinión mundial” (p. 113). Podría argumentarse que el principal supuesto que utiliza el autor para evitar esta dicotomía es la idea de “circunstancia”:

. . . las circunstancias, más que la esperanza y la abstracción, tienen la última palabra en dar forma a nuestras vidas, praxis y experiencia. Esto no niega que la praxis incluya el plano de las ideas, y que los llamados ‘acontecimientos’ sean en sí mismos, en un sentido relevante, el producto de la teoría. Nuestro ambiente está constituido por actores, acciones, ideas y sentimientos, así como el mundo físico (p. 112).

Sobre esta base, Hill considera que la “opinión mundial” –una especie de ambiente donde están inmersos tanto los estados como las personas– es relevante casi para cualquier punto de vista en la teorización actual sobre relaciones internacionales: “Todos, menos los realistas más recalcitrantes, aceptarían como probable que un gobierno se preocupe por los puntos de vista sostenidos por sujetos en el extranjero, particularmente cuando estos puntos de vista suman un consenso” (p. 16).

Esta especie de postura cuidadosa e intermedia, donde la opinión mundial no es una fuerza determinante pero tampoco una quimera, también puede notarse en la propuesta de Stearns (2005):

¿Cómo, en un mundo clara y amargamente dividido, puede emerger algún acuerdo sobre la opinión mundial? De hecho, las pretensiones de una opinión mundial suelen ser cuestionadas, particularmente por aquellos que son el blanco de la opinión, pero los cuestionamientos no necesariamente eclipsan un consenso moral esencial. ¿Debería a alguien importarle la opinión mundial? Esta es otra pregunta difícil, abierta a la discusión, pero respondida en cierta medida por el simple hecho de que diversas sociedades, incluyendo algunas muy poderosas, han decidido recurrentemente prestar atención a la opinión mundial, o han sido afectadas cuando intentaron ignorarla (p. 5).

Rusciano & Hill (2004), por su parte, califican su propia teorización como un abordaje “constructivista”. Es decir, vinculan sus ideas al esfuerzo de levantar un puente entre las diversas escuelas teóricas de las relaciones internacionales. Entienden su objeto de estudio como parte de un mundo “socialmente construido” donde las relaciones entre estados y otros actores están estructuradas por “reglas, normas e instituciones intersubjetivas” (Reus-Smit, 2002, citado en Rusciano & Hill, 2004, p. 1). Esto implica aceptar que dichos actores se consideran parte de una “comunidad imaginada” (Anderson, 1991, citado en Rusciano & Hill, 2004, p. 5). El principal argumento de esta postura es que, aun cuando se habla del mundo como un escenario anárquico, se está aceptando la existencia de un escenario mundial como un todo.

En otras palabras, según esta línea de razonamiento, hay una arena abierta a la acción, observación y emisión de juicios en el plano internacional (Rusciano et al., 1998, p. 14). Para entender la opinión pública en este plano y bajo estos términos, se

acude a las ideas de Noelle-Neumann (1992, citado en Rusciano et al., 1998, p. 14), según las cuales “el público” no representa otra cosa que un sentimiento de exposición a la observación y juicio de otros. Esta idea de público es aplicada al plano internacional. Así, aceptar la posibilidad de un “escenario mundial” significa aceptar que los gobiernos y ciudadanos están expuestos a los juicios de otras naciones y líderes.

Por supuesto, estas últimas consideraciones nos mueven desde la teoría de relaciones internacionales hacia otro campo teórico que ha servido como fuente de premisas para el estudio de la opinión pública mundial: se trata del espacio disciplinar de la opinión pública *per se*, que se ha pensado predominantemente en relación al ámbito nacional. Por lo tanto, es necesario hacer algunas consideraciones sobre este campo.

Es cierto que de esta disciplina, desarrollada principalmente a partir de la década de 1930, se han usado elementos para conceptualizar e investigar la opinión mundial. Pero, al mismo tiempo, las extrapolaciones desde el ámbito nacional al internacional se enfrentan con grandes problemas. Primero, la falta de claridad en el contexto mundial en relación a cuál es el “público” al que se hace referencia. Segundo, las posibilidades (o no) de comparar actitudes o preferencias entre contextos culturales de países muy diferentes entre sí. Tercero, la opinión pública nacional suele medirse en sus posturas frente al gobierno estatal (en un contexto donde cada ciudadano adulto se puede entender como un voto) mientras que no existe tal gobierno en la arena mundial. Así, las nociones provenientes de la opinión pública nacional, una vez aplicadas al campo internacional, pueden entenderse como simples “analogías” (Graber, 2000, p. 359).

Se han mencionado en estas páginas varios esfuerzos de conciliar nociones teóricas tradicionalmente separadas o contradictorias para darle a la “opinión mundial” un lugar

aceptable en nuestra visión del mundo contemporáneo. Para Jaeger (2008), estos intentos constituyen una “operación de rescate” con la cual se quiere salvar a la “opinión mundial” de las garras realistas, que como mencionamos previamente están siempre listas para descartar a la opinión mundial como una utopía irrelevante o incluso peligrosa (p. 590). Pero este autor también encara su propia “operación”, aunque con un objetivo más radical: quiere rescatar a la “opinión mundial” de todo supuesto empírico y moral presentándola como un elemento esencialmente discursivo. Como ya explicamos, su manera de encarar esta operación es articulando ideas de Luhmann y Foucault.

Como conclusión, diremos que la mayoría de las teorizaciones sobre la opinión pública internacional –aunque diversas entre sí– han sido realizadas sobre una base que tiene al menos tres características. En primer lugar, la pretensión de entender esta opinión como un fenómeno social empírico y lo suficientemente “delimitable” como para ser teorizado. En segundo lugar, se destaca el uso de diferentes teorías de las relaciones internacionales, asumiendo una posición indefinida, intermedia o conciliadora entre las grandes corrientes que dividen el estudio de estas relaciones. En tercer lugar, podemos destacar el desarrollo conceptual y metodológico del tema a través de puntos de contacto con la disciplina de la opinión pública como tal, puntos que conllevan una serie de problemas particulares. Habiendo esbozado esta tendencia general, presente en la mayoría de las investigaciones analizadas, hemos mencionado el surgimiento de otro enfoque –un giro, por así decirlo– que intenta abandonar los tres puntos mencionados, presentando la opinión mundial como un elemento puramente enunciativo.

5. Abordajes metodológicos

A partir de las definiciones que se construyen para conceptualizar la opinión pública internacional –y los puntos teóricos de apoyo que se utilizan en tales definiciones– los investigadores avanzan en sus esfuerzos por estudiar el fenómeno a través de diversas herramientas. Un análisis de las referencias a estas herramientas permite clasificarlas en tres grandes grupos:

5.1 Encuestas internacionales

Cuando se asume que la opinión pública internacional es un agregado de opiniones individuales, las encuestas internacionales aparecen como la principal forma de medición. Esto, a su vez, se complementa con el abanico de técnicas que ofrece el análisis estadístico, las cuales han sido ampliamente utilizadas, evaluadas y mejoradas en el estudio de la opinión pública nacional durante décadas.

Sin embargo, aplicar y analizar encuestas en el plano internacional tiene sus propios problemas. Ya mencionamos algunos de ellos en la Sección 4 de este capítulo. Pero también surgen problemas más específicos. Rusciano y Brogan (2009) presentan una ponencia donde se proponen estudiar la imagen de los Estados Unidos en el mundo mediante datos generados por una encuesta en cuarenta países. Para este propósito ponen a prueba tres modelos, cada uno de los cuales presenta sus propios inconvenientes:

El primero agrega todos los datos de la encuesta en 40 países y analiza los factores que afectan la imagen de la nación. El problema aquí es que mientras esto refleja la “opinión de individuos” en la encuesta, puede no reflejar las

“opiniones de naciones”, especialmente porque los factores relevantes pueden variar en su importancia entre una nación y otra. El segundo abordaje correlaciona valores promedio de diversas actitudes con evaluaciones promedio de los Estados Unidos usando la nación como unidad relevante de análisis. El problema aquí es que las variables individuales pueden tener diferentes significados dentro del rango de países encuestados. El tercer abordaje considera la opinión mundial como un “meta-concepto”, definido aquí usando la definición de Eckmann y Moses de una “estructura gráfica que revela fuertes agrupamientos contextuales”. . . . Aquí uno encuentra el problema de la interpretación (p. 2).

En su búsqueda de la opinión mundial, un concepto que “resiste incluso las más rudimentarias técnicas de medición” (p. 2), los autores proceden a comparar los tres modelos y estudiar posibles combinaciones entre ellos. Aunque en términos más generales, este tipo de problemas también fueron notados por Hill (1996). Para este autor “no hay encuestas de opinión genuinamente globales que conceptualicen a la humanidad como un todo y que traten de sintetizar el ‘clima de opinión mundial’ en un momento dado. Tal vez sería un gesto sin sentido si se intentara” (p. 116).

Aunque no exista una encuesta “genuinamente global”, lo cierto es que se aplican encuestas de diverso alcance a nivel internacional y que esta línea de investigación persigue el perfeccionamiento metodológico constante de dicha herramienta tratando de enfrentar los problemas que el ámbito internacional le presenta.

5.2 Análisis de contenidos

Si la opinión pública internacional es entendida como un dispositivo enunciativo –y no como un agregado empírico de opiniones– el análisis de contenidos adquiere una

particular relevancia. Sin embargo, esta herramienta metodológica no es exclusiva del enfoque discursivo, sino que también puede usarse como un generador de “pistas” hacia una opinión internacional que –se supone– está fuera de un discurso y repartida en el mundo social. A continuación ejemplificamos estos dos usos que recibe el análisis de contenidos.

Jaeger (2008), que visualiza “la ‘opinión mundial’ como una propiedad funcional y semántica del discurso político” (p. 592), toma un conjunto de textos que pueden entenderse como el contexto discursivo donde se fundó la Organización de Naciones Unidas (ONU): documentos oficiales de la Segunda Guerra Mundial donde se plasman los esfuerzos hacia el establecimiento de la ONU; conferencias, manuscritos y memorias de diplomáticos; tratados académicos y textos de activistas que tratan sobre la organización internacional de posguerra; etcétera. Al estudiar estos textos, Jaeger utiliza su concepto de opinión mundial como un “dispositivo de sensibilización” para “mapear” aquel campo discursivo con respecto a un acontecimiento histórico: la fundación de la ONU (p. 596). En este proceso de “mapeo”, el autor otorga una importancia fundamental a la interpretación teórica, ya que emplea cinco “formas de gobernabilidad” propuestas por Foucault⁵ (citado en Jaeger, 2008) para reconstruir el mencionado discurso y mostrar cómo la noción de opinión mundial permitió producir cambios en la arena internacional.

Sin embargo, como mencionamos al principio de esta sección, el análisis de contenidos también ha sido entendido como una forma de acceso a una opinión pública mundial de bases empíricas. Frank Rusciano, el mismo autor vinculado al análisis de las encuestas que expusimos en la sección anterior, se acercó al tema aplicando un análisis de contenidos a periódicos de diversos países (Rusciano & Fiske Rusciano, 1990; Rusciano et al., 1998; Rusciano, 2006). Este tipo de análisis está

⁵ Seguridad y paz policíacas, bienestar social como forma de domesticación, *pastoralismo* y disciplina postcoloniales, derechos humanos como gobernabilidad liberal y *panoptismo* pedagógico.

basado en el supuesto de que los diarios tienden a representar las perspectivas del gobierno y los intereses privados dominantes de su país (Herman & Chomsky 1988, citado en Rusciano, 2001, p. 13). Con esta premisa, los investigadores contaron la cantidad de referencias a la “opinión mundial” en dos diarios (uno de Estados Unidos y otro de la República Federal Alemana) durante un período de tres meses y registraron un total de 170 referencias a dicho concepto.

Los autores reconocieron algunas limitaciones de su enfoque, pero también le asignaron la posibilidad de acercarnos a la “existencia y naturaleza” de la opinión mundial:

Este hallazgo no “prueba” la existencia de la opinión mundial. Más bien, permite al investigador buscar pistas sobre la manera en que el periódico norteamericano y el de Alemania Occidental usaron el término. El estudio de tales pistas es un primer paso para derivar hipótesis sobre el significado de “opinión mundial”, permitiendo el estudio de su existencia y naturaleza (Rusciano et al., 1998, p. 15).

Combinando una serie de supuestos teóricos con este análisis de contenidos, los autores construyeron una lista de “componentes” de la opinión mundial: el componente moral, el pragmático, el poder de la opinión mundial, el riesgo de aislamiento que supone para un país ignorar la opinión mundial, etcétera. A su vez, usaron estos criterios para realizar análisis de tipo cuantitativo, contabilizando la cantidad de veces que cada componente aparece en relación a un tema en diferentes diarios y sometiendo a técnicas estadísticas los resultados de este conteo.

5.3 Indagación histórica

Por supuesto, el abordaje histórico no excluye las dos opciones metodológicas expuestas previamente. Tanto las encuestas como el análisis de contenidos pueden ser de interés para el acercamiento histórico a la opinión pública internacional. Sin embargo, el énfasis de la investigación histórica reside en la posibilidad de explorar tendencias que no pueden ser captadas por aquellas herramientas. Para Stearns (2005) “la opinión mundial va más allá de los resultados de encuestas” y “no puede ser resumida recolectando editoriales de periódicos” (p. 8). Por eso, el autor propone la reconstrucción de procesos en el tiempo:

Aunque una valoración histórica de la opinión mundial no es el único abordaje al tema, permite no sólo el establecimiento de un registro más claro, sino también una oportunidad de discutir las principales manifestaciones del fenómeno, tal como se han desplegado a lo largo del tiempo, y el conteo de sus éxitos y fracasos. Permite una evaluación de la naturaleza e impacto de la opinión mundial que va más allá de las abstracciones que suelen permear algunas de las excursiones más teóricas en relaciones internacionales (p. 7).

Este autor pretende bosquejar las principales etapas en la formación y evolución de la opinión mundial desde finales del siglo XVIII hasta nuestros días. Pero, evidentemente, el análisis histórico también puede ser usado para profundizar en períodos reducidos y acontecimientos puntuales. Es el caso de la investigación realizada por Goldman (1993), que procede de la siguiente manera: en primer lugar, da por sentada una determinada manifestación de la opinión pública internacional (protestas sociales en diferentes países contra la proliferación nuclear en la década de 1980). Luego procede a postular hipótesis sobre la “efectividad” de esta opinión internacional, entendida en

términos de su impacto sobre las negociaciones de un tratado entre Estados Unidos y la Unión Soviética. Sobre esta base, realiza un recuento de los hechos históricos para “testear” sus hipótesis, lo cual a su vez deriva en algunas conclusiones.

6. Categorías analíticas en el estudio de la opinión pública internacional

Habiendo realizado el recorrido de las secciones anteriores, estamos en condiciones de enfrentar el interés central de este capítulo, que consiste en la definición de algunas categorías básicas que permitan “organizar el debate” teórico sobre la opinión pública internacional. Tal como mencionamos en la introducción del trabajo, una primera lectura de las publicaciones académicas contemporáneas sobre nuestro tema sugiere la relevancia de cuatro categorías (sujeto, contenido, poder y proceso de la opinión pública internacional). Para confirmar este supuesto, vamos a clasificar en base a esos cuatro ejes las principales propuestas conceptuales que ofrecen los autores.

Naturalmente, definir los componentes teóricos de manera tan amplia implica vaciarlos en gran medida de su significado. Pero la ventaja de esta operación es que, además de explorar la articulación entre diferentes posturas teóricas, puede facilitar metodológicamente las investigaciones. De hecho, en el próximo capítulo usaremos estas cuatro categorías para analizar los contenidos de un campo discursivo muy específico, tratando de respetar las diversas propuestas teóricas que los autores ofrecen.

A continuación, sintetizamos los resultados del mencionado proceso de análisis de contenidos. En cada una de las cuatro categorías o “ejes de debate”, incluiremos postulados textuales tomados de los diferentes trabajos estudiados, buscando de esta

manera reflejar el conjunto de posiciones teóricas sobre cada categoría y señalando la forma en que estas posiciones se pueden (o no se pueden) articular.

6.1 Sujeto

Aceptar que un grupo social cuenta con una opinión de anclaje y relevancia internacionales, significa –en primer lugar– hablar de “alguien”. Cuando se hace referencia, por ejemplo, a “protestas masivas en contra de los armamentos nucleares” en diversos países de Europa (Goldman, 1993, p. 41) se asigna a los grupos de manifestantes el protagonismo como sujetos de opinión.

En este acto de investir a alguien con el ejercicio de la opinión, puede hacerse una distinción entre países y personas (Hill, 1996, p. 117). Los países expresan opiniones conjuntas a través de organismos interestatales u otros grupos de estados. En cuanto a la opinión de las personas en el ámbito internacional, ésta aparece moldeada en gran medida por determinados tipo de sujetos: líderes religiosos, líderes morales seculares, empresas, medios masivos y grupos de presión (Hill, 1996, pp. 122-123).

Por otra parte, cuando se define a la opinión pública internacional como “los juicios morales de observadores que deben ser tenidos en cuenta” (Rusciano et al., 1998, p. 27), se está admitiendo que esos “observadores” no se limitan a observar. Más bien, ejercen una acción en el mundo a través de su opinión.

Si buscamos un sustrato demográfico para estos actores, encontramos que la opinión mundial parece reflejar en parte el “surgimiento de una ‘clase media’ global capaz de recibir el mismo tipo de noticias y compartir suficientes valores como para formar reacciones transnacionales” (Stearns, 2005, p. 8). De hecho, analizando periódicos y usando datos de encuestas (Rusciano et al., 1998, pp. 111-132), se ha teorizado sobre

la existencia y características de un “público atento” a los temas y sucesos internacionales.

Particularmente interesante es la alusión al mundo entero como sujeto único y monolítico de opinión. Podría decirse que, según muchos discursos cotidianos, “el mundo opina”. Se trata del “*mundo considerado como una unidad*, como por ejemplo una comunidad internacional, que puede juzgar y responder a las acciones” (Rusciano, 2006, p. 10).

Tenemos identificados, entonces, sujetos de diversa índole a quienes se asigna el acto de la opinión internacional: personas que se vuelcan a las calles en diversos países por una misma causa, líderes y entidades influyentes, un segmento demográfico “atento” a las mismas noticias pero repartido por todo el planeta, algunos (o muchos) gobiernos expresándose al unísono, e incluso “el mundo” entero hablando como tal.

Pero ¿es posible imaginar una opinión pública sin sujetos? Como ya hemos mencionado, la visión de Luhmann –donde los sistemas sociales no están conformados por personas ni por acciones, sino por comunicaciones– es un ámbito teórico donde los sujetos parecen quedar “fuera del cuadro”. Es decir que la opinión pública es ante todo un tema de comunicación o, más precisamente, una operación que consiste en definir *cuáles* son los temas de la política. Aplicando esta premisa al concepto de opinión pública internacional, Jaeger (2008) pretende resolver los problemas ontológicos que pueden plantearse en relación al asunto. De esta manera, el sujeto social “de carne y hueso” pasa a convertirse, por así decirlo, en el sujeto de una oración. La opinión mundial “opera como una forma de...” (Jaeger, 2008, p. 591), “abrió posibilidades para...” (p. 592), “hizo un regreso a...” (p. 597), “proveyó los estándares...” (p. 605), etcétera. La opinión mundial “hace cosas”, pero estas acciones

no se atribuyen a una categoría de actores, sino a la enunciación de un concepto dentro de un contexto discursivo.

Cabe agregar que, llevando ese enfoque teórico a una investigación específica, el autor termina analizando discursos proferidos por personas en un contexto determinado: líderes y diplomáticos que se proponen crear la ONU después de la Segunda Guerra Mundial (Jaeger, 2008). Por lo visto, aunque se les niegue un lugar en la teoría, resulta que en la práctica de la investigación las personas terminan –al menos– “asomando la cabeza”.

En síntesis, es posible articular las diversas posturas en relación a la categoría “sujeto”. La mayoría de estas posturas no son mutuamente excluyentes: la idea detrás de ellas es que ciertas personas, grupos y gobiernos, si están asentados en varios países y tienen un influjo político más allá de las fronteras nacionales, pueden considerarse como protagonistas de una opinión pública internacional. La diversidad de enfoques sobre estos protagonistas simplemente enriquece este eje de debate.

6.2 Contenido

El segundo componente es el “qué” de la opinión pública internacional. Según Goldman (1993), para sustentar (o refutar) la hipótesis de que una opinión es efectiva, no solamente se estudia la “autoridad” de quien opina y la “necesidad estratégica” de aceptar la opinión, sino que también se estudia su contenido (pp. 43-44). Es decir, se acepta la posibilidad de que el argumento *per se* cause un impacto.

Es una obviedad que la opinión pública del mundo, según se la presenta en diversos contextos cotidianos, puede expresarse sobre temas determinados: puede “decir”

diferentes cosas. Un típico postulado de contenido sería la imagen internacional de un país o un evento: por ejemplo, el mundo “opina” algo sobre Estados Unidos o sobre una guerra en particular. Pero ¿se asigna algún tipo de contenido subyacente a *todas* las expresiones posibles de la opinión pública mundial? Es decir: ¿se puede argumentar que existe algún “código” del que está hecho el contenido de esta opinión? Por un lado, es frecuente encontrar la afirmación de que este contenido básico es de tipo moral: ya dijimos que la opinión mundial ha sido definida incluso como un conjunto de “juicios morales” (Rusciano et al., 1998, p. 27). Además, en la creencia de que ciertas normas deben aplicarse a todos los seres humanos, uno de los autores (Stearns, 2005) encuentra “la combinación entre el más ferviente moralismo y la petulancia que tan a menudo caracterizan a la opinión mundial” (p. 9). Petulante o no –y aun reconociendo “múltiples opiniones” internacionales– algunos autores llegan a postular explícitamente su presencia como algo deseable, lo cual constituye una prueba del contenido moral que se le asigna (Hill, 1996, p. 129).

Sin embargo, no es forzoso pensar en la moralidad como una cualidad inherente de la opinión pública internacional. Más bien, su contenido puede entenderse como un conjunto de significados que permiten realizar intervenciones en el mundo (Jaeger, 2008, p. 592), intervenciones que no siempre son fáciles de calificar como resultado de un contenido “bueno” o “malo” en la opinión pública.

Según esta línea de argumentación, el “contenido” de la opinión mundial estaría dado por el propio contexto discursivo donde aparece. Por ejemplo, el contenido de la opinión mundial tras la Segunda Guerra Mundial consiste en “respuestas a los problemas de la política mundial y organización internacional” propias de ese momento (Jaeger, 2008, p. 597). Ante el fracaso de la Liga de las Naciones, siguiendo este ejemplo, el discurso político “usó” la idea de opinión mundial con determinados

significados para dar soluciones. Son estos significados los que fueron el contenido de la opinión.

6.3 Poder

En los textos analizados se hacen inferencias para determinar si un proceso de opinión pública internacional resulta “efectivo”, “irrelevante” o “contraproducente” (Goldman, 1993, pp. 42-6), se estudia “el impacto de la opinión mundial en la historia contemporánea” (Stearns, 2005), se cree que ella penetra “en la mente de los tomadores de decisiones” (Hill, 1996, p. 128), se evalúa “el riesgo de aislamiento” que puede representar para un país (Rusciano et al., 1998)” y, finalmente, las “formas de gobernabilidad” que el concepto permite establecer, a través del discurso, en la política internacional (Jaeger, 2008). Entre estas formas de gobernabilidad pueden contarse “políticas, estrategias e intervenciones” (p. 589).

Con este abanico de ideas y herramientas, se ha analizado la capacidad de impacto que tiene esta opinión, ya sea de manera general en las condiciones del mundo actual o bien en acontecimientos o procesos históricos más restringidos. Como ejemplo de este último abordaje, que se centra en procesos muy delimitados, podemos mencionar a Goldman (1993) que analiza cómo la opinión internacional afecta una negociación entre dos países. Dicho autor llega a la conclusión de que la opinión internacional puede afectar estos procesos en forma considerable pero errática. Jugando con una expresión idiomática en inglés, califica a esta opinión como un “toro bienintencionado” y a la diplomacia internacional como una “tienda de porcelana” donde se mueve este animal (Goldman, 1993, p. 57). En otras palabras, desde este punto de vista el poder de la opinión internacional es muy grande y altamente impredecible.

Articulando las diferentes ideas, diremos que para el estudio de la opinión pública internacional debe prestarse particular atención al tema de su incidencia; es decir a la siguiente pregunta: ¿qué se dice sobre el efecto que causa (o puede causar) la opinión en el mundo? Este efecto puede distinguirse al menos en base a cuatro criterios: primero, la efectividad en relación a un objetivo predefinido por los agentes (que hayan sido identificados como sujetos de la opinión); segundo, el efecto puede entenderse en términos de su impacto sobre la situación y comportamiento específico de determinados actores, en especial líderes y gobiernos; tercero, puede rastrearse como una fuerza que opera en la historia o en hechos históricos (cambiando el curso de los acontecimientos) y, en cuarto lugar, como responsable de la instauración de determinadas formas de gobernabilidad internacional.

6.4 Proceso

El último eje en torno al cual se reflexiona y debate el tema de la opinión pública internacional, es el que respecta a sus modos de formación y desarrollo. La propuesta de incluir esta categoría analítica en el marco que estamos construyendo se puede fundamentar señalando que todos los autores estudiados contemplan algún proceso de este tipo. Nuevamente, con las distancias que separan a los diversos enfoques sobre este tema, el “debate” se enriquece.

Aquí podemos ubicar el componente tecnológico (por ejemplo, los procesos con los cuales opera el periodismo a nivel internacional), los mecanismos de manifestación y apoyo (desde artículos de opinión hasta boicots) y las condiciones de receptividad (que determinan cuánto “eco” tiene un llamado a la opinión pública internacional), que son algunos componentes mencionados por Stearns (2005, pp. 8-10).

Con este tipo de ideas, se construyen postulados sobre las dinámicas formativas, de crecimiento, e incluso de declive, que la opinión mundial experimenta, para así interpretar procesos históricos. Por ejemplo, sobre las manifestaciones contra la proliferación nuclear en la década de 1980, Goldman (1993) considera que “instituciones establecidas, tales como iglesias, jugaron un rol preponderante y era frecuente que partidos políticos y sindicatos trataran de dar un lugar a esta masiva opinión” (p. 48). Aquí no solo se apunta a estas instituciones como sujetos, sino sobre todo al rol que estos sujetos jugaron: la forma en que se dio su participación.

De hecho, la referencia a cierto tipo de líderes como formadores de opinión mundial (Hill, 1996) se propone como un enfoque para rastrear “formas” en que la opinión se desarrolla, especialmente cuando los sujetos de la opinión son las personas en general y no solamente los Estados. Dar cuenta de este proceso significa aceptar “la posibilidad de que los seres humanos puedan participar en un diálogo a nivel internacional, diálogo que puede incluir a gobiernos pero que no está confinado a ellos” (p. 122).

A su vez, si el foco de atención está en los estados como sujetos de opinión, aparece una “dimensión parlamentaria en las relaciones interestatales” (Hill, 1996, p. 118), además de otras maneras, no siempre tan institucionalizadas, por las cuales los estados forman y emiten opiniones conjuntas. Con respecto a esta formación de opinión “entre naciones” encontramos una apuesta muy específica de otro autor por delinear el proceso:

Los países proponen interpretaciones de la opinión mundial que son favorables a sus intereses y valores en forma y contenido. De esto resulta un proceso de negociación entre las naciones involucradas para resolver estas interpretaciones. A medida que el proceso avanza, un consenso internacional

puede emerger sobre los valores e intereses de los países involucrados. Además, los países que violan este consenso sufren el riesgo de ser aislados de la comunidad internacional (Rusciano, 2001, p. 10).

Cuando el foco de interés teórico se mueve hacia el campo discursivo, y concretamente a las funciones que ejerce la noción de opinión mundial dentro del discurso, la idea de proceso también sufre un cambio: lo importante ya no es el camino por el cual se formó la opinión, sino las representaciones discursivas que se hacen al respecto. Podemos postular que bajo este enfoque se elimina la idea de proceso como tal, y se la incluye bajo la categoría de “contenido”. Es decir, los postulados sobre “cómo” se forma la opinión pasan a ser semánticamente relevantes en función a sus vínculos con la *noción* de opinión mundial y el uso de esta noción dentro del discurso. Por ejemplo, Jaeger (2008) no solamente se propone prestar atención a “*cuáles* eran los problemas y respuestas de la ‘opinión mundial’, sino a *cómo* fueron planteados” (p. 596).

7. Consideraciones finales

Hemos planteado que a pesar de la variedad de enfoques para conceptualizar y estudiar la opinión pública internacional, es posible organizar sus planteamientos problematizando cuatro categorías analíticas: sujeto, contenido, poder y proceso. Como un paso previo a este ejercicio, enfrentamos el problema de la variedad de enfoques analizando los supuestos teóricos, las definiciones y caminos metodológicos que tales enfoques han utilizado. Este análisis previo nos permitió evitar una identificación ingenua de coincidencias o diferencias entre los autores, al resaltar ante todo los “temas de fondo” que están en juego. Una vez resaltados estos contextos teóricos de referencia –es decir, teniendo en cuenta las distancias y cercanías

generales entre los textos estudiados– pusimos a prueba los cuatro categorías confirmando finalmente su pertinencia como forma de organizar la discusión teórica.

A su vez, hemos visto que la mayoría de las ideas con respecto a cada eje pueden articularse entre sí bajo un esquema que cumple condiciones mínimas de coherencia lógica. Desde luego, esta articulación no muestra un consenso sobre el concepto de opinión pública internacional. Tampoco muestra un consenso sobre la definición de cada eje. Sin embargo, la articulación semántica realizada entre las ideas de diversos autores permite postular cada una de estas categorías como un espacio fructífero de diálogo. En el próximo capítulo proponemos utilizar estos cuatro caminos de diálogo para movernos desde la teoría hacia el estudio de un problema particular.

Capítulo III

La opinión pública internacional según los medios:

Referencias al fenómeno ante la inminencia de una guerra

En este capítulo nos proponemos tomar un conjunto de artículos periodísticos y preguntarnos a qué hacen referencia cuando mencionan la opinión pública internacional. Para ello, utilizaremos las cuatro categorías presentadas en el capítulo anterior (sujeto, contenido, poder y proceso) como claves que permitirán aplicar un análisis de contenidos a estos artículos. Pero antes de presentar los resultados de este análisis, exponemos los criterios de selección y las características del corpus de estudio.

1. Selección del corpus: Buscando “el tema de la década”

Un conteo de artículos periodísticos que llevan “opinión pública internacional” en su título durante la década pasada⁶, arroja los resultados de la Figura 1.

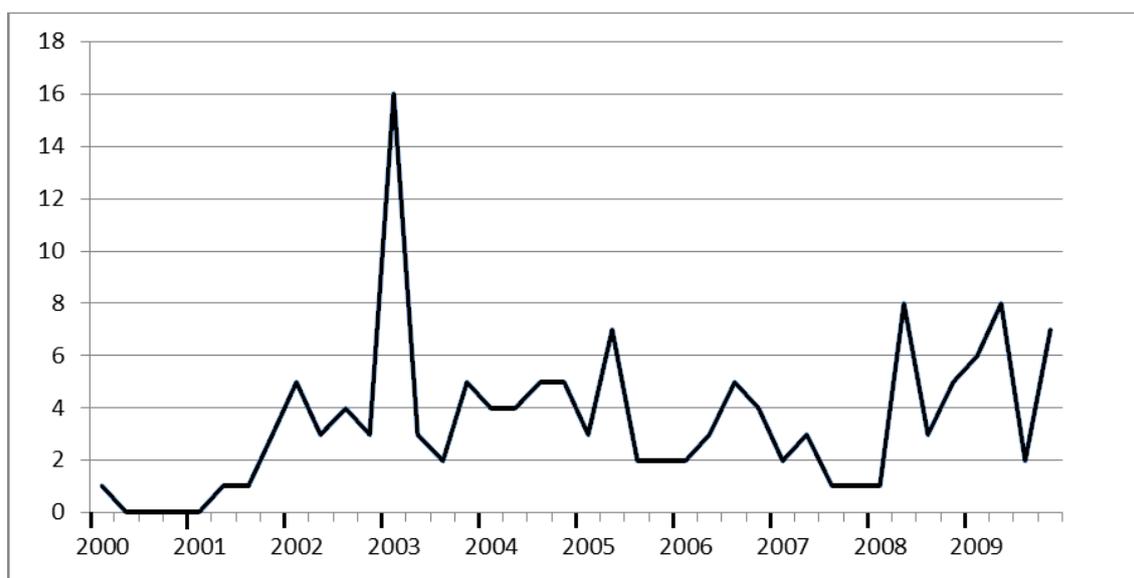


Figura 1. Cantidad trimestral de artículos periodísticos que contienen la expresión “opinión pública internacional” o similares en su título, en base a una búsqueda en *Google News* (12/02/2012).

⁶ Los artículos sometidos a este conteo son aquellos que reporta *Google News* como resultado de una búsqueda para el periodo comprendido entre el 1 de enero de 2000 y el 31 de diciembre de 2009 con las siguientes palabras clave: “opinión pública internacional”, “opinión internacional”, “opinión pública mundial” y “opinión mundial”, usando el inglés como idioma de la búsqueda.

Tal como puede notarse a simple vista, a principios de 2003 se registra un aumento sobresaliente en la cantidad de artículos que cumplen con el criterio mencionado. De hecho, mientras el promedio trimestral en la cantidad de artículos es de 3.5, sólo en ese trimestre el número asciende a 16 artículos. Para considerar posibles variables asociadas a este incremento, se realizó una revisión de los temas de las noticias. No hay necesidad de listar aquí estos temas, ya que sólo uno de ellos aparece claramente asociado al aumento. Se trata de la intervención militar en Irak realizada en 2003⁷. Si discriminamos la cantidad de artículos que tocan este tema específico, obtenemos los resultados que se muestran en la Figura 2.

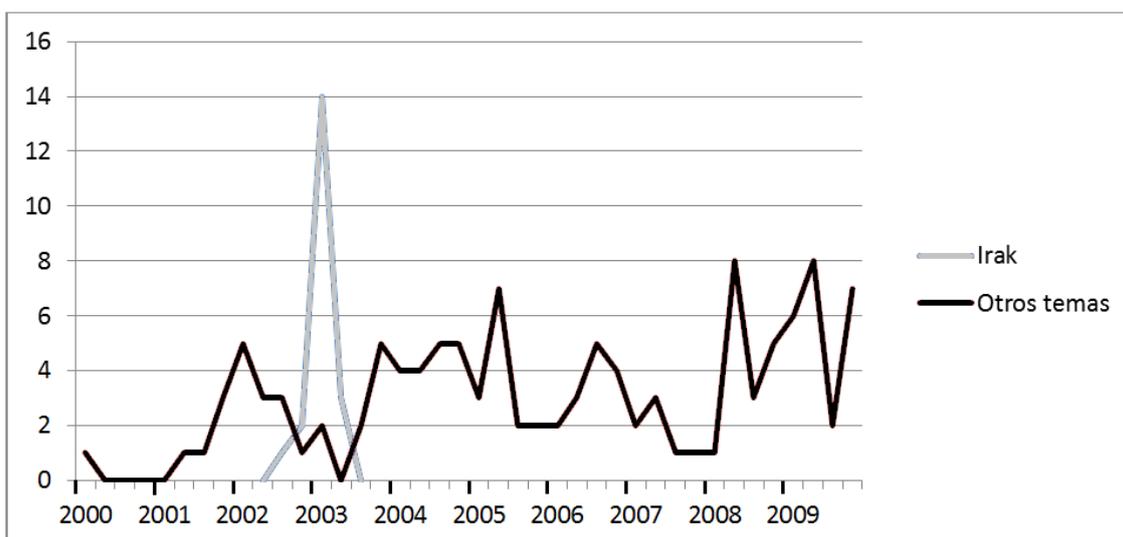


Figura 2. Cantidad trimestral de artículos periodísticos que contienen la expresión “opinión pública internacional” o similares en su título, diferenciando aquellos que tratan sobre la intervención militar en Irak. Conteo realizado en base a una búsqueda en *Google News* (12/02/2012).

Luego de considerar ciertos sesgos posibles en el proceso de búsqueda⁸, podemos confirmar el extraordinario protagonismo que adquirió la noción de “opinión pública internacional” con respecto a la intervención militar en Irak (en comparación con otros

⁷ Delimitamos esta noticia desde los debates previos sobre una posible intervención norteamericana sin la sanción de las Naciones Unidas hasta la puesta en marcha de esta intervención. (Los hitos de inicio y fin seleccionados para este propósito son, respectivamente el 1 de septiembre de 2002 y el 31 de abril de 2003).

⁸ Se consideró la posibilidad de que Google News reporte este fuerte aumento de artículos debido a alguna distorsión particular de este motor de búsqueda. Por eso, se realizó el mismo proceso de búsqueda y conteo en tres medios influyentes de diferentes países: Clarín (Argentina), The New York Times (Estados Unidos) y The Guardian (Reino Unido), utilizando siempre sus sitios web como forma de acceso a sus archivos hemerográficos. Como resultado, puede comprobarse que cada uno de estos medios, considerado en forma individual, también reporta un aumento similar asociado a la Guerra de Irak como tema de noticia.

temas de noticia a lo largo de la década 2000-2009). Esta dramática variación puede ser objeto de diversas indagaciones. Sin duda, al tratarse de una observación cuantitativa, las técnicas estadísticas resultarán particularmente tentadoras para explorar, por ejemplo, las posibles razones de este aumento.

Sin embargo, el interés de nuestra investigación no es explicar las variaciones. Más bien, estamos buscando la identificación de un corpus relevante de artículos donde se realizará un análisis cualitativo de contenidos. Con esta premisa, hemos seleccionado los artículos que –además de tener en su título la expresión “opinión pública internacional”– tratan en forma directa el tema de Irak en su contenido.

Este criterio de selección permite que el corpus cuente con una serie de características deseables para los efectos de la presente investigación:

- a. Las notas periodísticas seleccionadas constituyen un conjunto de textos con vinculaciones semánticas entre sí. No solo tienen en común la referencia a la opinión pública internacional, sino que todos los artículos plantean estas referencias con relación a un mismo tema.
- b. La importancia del vínculo entre la Guerra de Irak y el tema de la opinión pública internacional ha sido señalada desde la teoría (e.g., Habermas, 2008).
- c. Las fechas de publicación de los artículos abarcan un periodo históricamente significativo: empiezan con los debates sobre una posible intervención militar en Irak, incluyendo aquellos que se suscitaron en el Consejo de Seguridad de la ONU, abarcan las protestas en diversas ciudades del mundo en contra de la guerra y finalizan con la puesta en marcha de la intervención.

- d. Los artículos donde la “opinión internacional” aparece en el título revisten particular interés: podemos afirmar que en todos ellos la opinión mundial es presentada como un “protagonista” de la noticia. No hace falta enfatizar que es prácticamente una “regla de oro” en el campo periodístico plasmar en el título de los artículos aquello que se define como lo más relevante o atractivo para el público lector.

- e. La cantidad de noticias (18) es lo suficientemente reducida para un análisis cualitativo en profundidad. Al mismo tiempo, es lo suficientemente amplia para considerarla un “universo”, pues se trata de todos los artículos reportados por el “agregador” de noticias *Google News* que cumplen con los criterios mencionados.

2. Composición del corpus

Los 18 artículos que componen el corpus fueron publicados por 17 medios diferentes. Aunque la mayoría de ellos (8) fueron publicados por medios de Estados Unidos, estos no alcanzan a ser la mitad del total. Los demás (10) corresponden a medios de Australia, Bangladesh, India, Irak, Irán, Kenia, Malasia, Reino Unido, Rusia y Siria.

La totalidad de los artículos del corpus se encuentran publicados en inglés, idioma que se eligió para la recolección informativa de la presente investigación porque permite acceder a la mayor cantidad de medios y diversidad de orígenes nacionales. Pero no todos los artículos fueron originalmente publicados en inglés: dos de ellos se publicaron anteriormente en árabe (por medios de Irak y Siria), uno en farsi (Irán) y otro en ruso (Rusia). La versiones en inglés son traducciones realizadas y publicadas por el servicio de monitoreo de la BBC (Reino Unido).

La gran mayoría de los artículos (16) contienen la expresión “opinión mundial” (*world opinion*) en su título, mientras que en los casos restantes (2) la expresión que aparece

en el título es “opinión pública mundial” (*world public opinion*). Según su tipo, los artículos que conforman el corpus pueden clasificarse en noticias (12) y artículos de opinión (6). En cuanto a su autoría, la mayoría de los artículos (11) son solamente atribuibles al medio, mientras el resto (7) están firmados con nombre y apellido. Según el tipo de medio en que fueron publicados, pueden clasificarse entre los pertenecientes a diarios (13) y los que fueron publicados por otro tipo de medios (5). Si consideramos su origen, los artículos corresponden tanto a publicaciones propias de los medios (11) como a la reproducción de artículos elaborados por agencias de noticias (7).

En términos de su distribución cronológica, tal como se muestra en la Figura 3, los artículos del corpus presentan una mayor concentración en la segunda quincena de febrero y en la segunda quincena de marzo, coincidiendo respectivamente con las protestas en diversas capitales del mundo (15 de febrero de 2003) y la inminencia de la intervención militar (20 de marzo de 2003), que pueden considerarse como los hitos históricos principales dentro de este período.

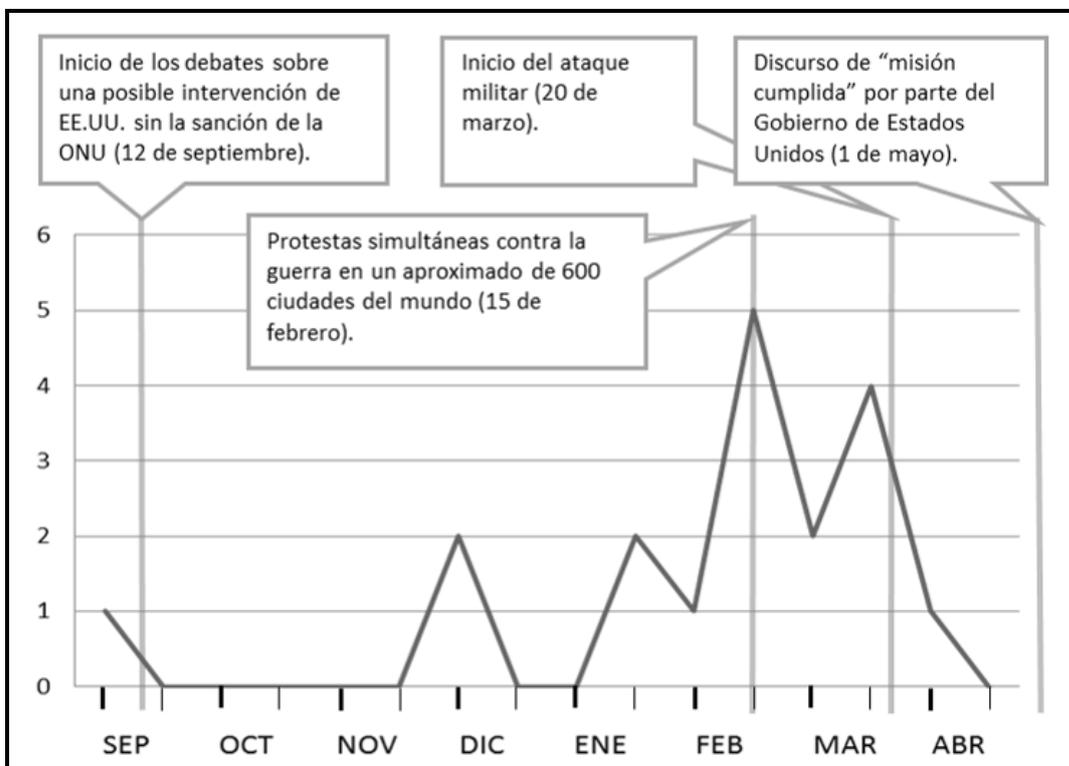


Figura 3. Distribución cronológica (por quincenas) de los artículos que conforman el corpus de estudio e hitos históricos más destacados del período.

3. Análisis de contenidos

3.1 Sujeto

No es imprescindible para el discurso de los medios asignar explícitamente la opinión pública internacional a algún sujeto en particular, ya que en varios artículos (7), se menciona a esta opinión sin especificar quién la compone o representa. Un ejemplo ayuda a comprender estos casos: frente a los alegatos que iba a presentar, ante las Naciones Unidas, el presidente de Estados Unidos, un diario se pregunta: “¿Pueden las palabras de un hombre persuadir a la opinión mundial?” (The Gazette, 2002, 10 de septiembre). Al respecto, podemos preguntarnos: ¿a quién exactamente había que persuadir? El discurso del presidente se daría ante representantes reunidos en un marco institucional (la ONU), pero sus palabras también iban a llegar a un público mucho más amplio y difuso a través de los medios. Es así como, según este periódico, el líder político llevó su demanda “a la corte de la opinión mundial”.

De hecho, esta especie de combinación entre la ONU y los medios podría inferirse como el sujeto implícito de la “opinión mundial” en varios casos. Una agencia de noticias ilustra muy bien esto cuando reporta lo siguiente: “En una apuesta doble por la opinión mundial”, Irak entregó su declaración de armamentos a la ONU y además pidió disculpas al pueblo de Kuwait a través de los medios (Associated Press, 2002, 5 de diciembre).

Sin embargo, estos casos donde el sujeto no se define explícitamente son la minoría, pues muchos de los artículos (11) sí hacen este tipo de asignación. En el conjunto de notas donde el sujeto aparece explícitamente, hemos aplicado la diferenciación entre estados y personas (Hill, 1996, p. 117). Como resultado del análisis, vemos que este criterio de diferenciación es relevante: en la gran mayoría de estos artículos (8 de 11)

se opta por uno de estos dos actores, mientras que en los restantes (3 de 11), se articulan ambos.

Cuando la opinión mundial aparece compuesta por países únicamente, el sujeto de la opinión es unívoco. Se reporta, por ejemplo, que el Secretario de Estado norteamericano “falló en modificar la opinión mundial” porque determinados gobiernos reafirmaron sus posiciones anteriores después de oír sus palabras en el Consejo de Seguridad (The Age, 2003, 6 de febrero). El artículo hace un recorrido, gobierno por gobierno, para exponer la posición expresada por cada uno de ellos a través de sus voceros. La suma de estas posiciones –correspondiente a un número definido de países– representa la “opinión mundial” según este artículo.

En cambio, cuando el discurso de los medios abre paso a las personas como sujetos de la opinión, el panorama se vuelve muy diverso. Se registran, por una parte, referencias al conjunto de la humanidad: la carta de un lector, por ejemplo, habla de las “5,7 billones de personas que comparten este planeta con nosotros” y la necesidad de que “el presidente” esté “conectado con el resto de la humanidad” (Wilson, 2003, 19 de marzo). Hay también referencias más vagas, como por ejemplo la imagen de los estadounidenses “en” otros países (Vedantam, 2003, 24 de marzo).

Un factor clave en este ámbito discursivo fue el conjunto de protestas contra la guerra, “que sacaron millones a las calles de las capitales del mundo” (Raum, 2003, 19 de febrero), protestas que son representadas como “un flujo de opinión mundial” inédito “desde la desventura de Suez en 1956 y el embrollo de Vietnam” (Shankar, 2003, 25 de febrero). “Si tuvieran algún respeto por la conciencia de la gente, escucharían la fuerte voz de las personas, que dice la verdad, rechaza la guerra y llama a conseguir la paz” (INA, 2003, 22 de febrero), dice un ministro iraquí, según una agencia de noticias de su país, haciendo referencia a estas protestas. Pero equiparar las protestas

con opinión mundial no es ninguna necesidad imprescindible. Para el presidente Bush, según reporta otro medio, dejarse influenciar por estas protestas sería como “decidir políticas en base a un grupo focal” (Raum, 2003, 19 de febrero).

Hechas estas consideraciones sobre los países y personas como sujetos de opinión en forma separada, nos corresponde dirigir nuestra atención a aquellas construcciones discursivas que plantean combinaciones entre ambos sujetos. Un ejemplo de particular importancia, por sus amplias repercusiones en otros medios, es el artículo publicado originalmente en The New York Times, según el cual “puede que aún hayan dos superpotencias en el planeta: los Estados Unidos y la opinión pública mundial” (Tyler, 2003, 17 de febrero).

¿Pero quién encarna esta segunda “superpotencia” llamada opinión mundial? Según el mencionado artículo, el fenómeno se manifiesta en “la fractura de la alianza occidental en relación a Irak y las gigantescas manifestaciones contra la guerra a lo largo del mundo”. En otras palabras, es una combinación entre estados y personas. La “alianza occidental” es una relación entre países y las “gigantescas manifestaciones” constituyen un movimiento de personas. A lo largo de los dieciséis párrafos que componen el artículo, ambos sujetos aparecen entrelazados en forma dinámica para sustentar la tesis del autor.

Por otra parte, entre los artículos que componen el corpus de estudio, solamente uno se basa en encuestas para hablar de opinión mundial (Tisdall, 2003, 23 de enero). En este texto, la articulación entre países y personas también es un criterio de importancia clave. La nota reporta un “giro discernible en la opinión”, usando como evidencia las protestas: “Por cada persona que salió a las calles, hay miles, tal vez decenas de miles, que comparten sus preocupaciones”. Pero este postulado se sustenta con datos de encuestas nacionales. Es decir: la información de personas aparece organizada por

países: Alemania, Francia, Italia, España, Inglaterra y Estados Unidos muestran resultados similares en encuestas diferentes sobre el mismo tema.

Un criterio importante para identificar el sujeto de la opinión mundial es señalar líderes en ámbitos diversos, cuya característica en común es “su protagonismo en temas importantes, en algunos de los cuales los estados luchan para salir de la periferia” (Hill, 1996, p. 122). Se trata de instituciones religiosas, líderes morales seculares, empresas, medios y grupos de presión transnacionales.

En el discurso mediático en torno a la “opinión mundial” como tema central de las noticias sobre Irak, la referencia a ese tipo de líderes es prácticamente nula. Solamente uno de los medios, un diario de Kenia, hace el siguiente cuestionamiento en una página editorial:

Mientras las tropas entran a Irak, nos preguntamos qué estará pasando por la mente de personalidades eminentes como el Secretario General de la ONU Kofi Annan, el Papa o el Sr. Nelson Mandela, hombres cuyo inmenso prestigio moral no pudo convencer al Sr. Bush de que una guerra unilateral sin respaldo de la ONU no era la mejor opción” (Daily Nation, 2003, 21 de marzo).

Otro criterio teórico (Rusciano & Fiske Rusciano, 1990) nos dice que entre los “componentes” de la opinión pública internacional están las alusiones al mundo como una sola unidad. Es decir: la idea de que “el mundo” opina. Por supuesto, si tomamos a secas una expresión como “opinión mundial”, ese tipo de alusión parece estar siempre presente: la “opinión” es singular y al mismo tiempo es “mundial”. Pero el enfoque de Rusciano consiste en buscar y hacer un inventario de otras referencias al “mundo como unidad” en los contextos discursivos que rodean a dicha expresión dentro de los artículos. Bajo esta premisa, podemos comprobar que en la mitad de los

artículos (9) hay referencias de esta naturaleza, especialmente a través de dos expresiones: “comunidad internacional” y simplemente “el mundo”.

A pesar de que el discurso de los medios muestra la presencia de este elemento, no menos importante es la presencia de alusiones a la “división” del mundo, siempre en referencia al fenómeno de la opinión pública, aspecto que no parece haber sido estudiado por Rusciano. Así, en varios de los artículos (7), saltan a la vista expresiones como “dividir a la opinión internacional” (Associated Press, 2002, 5 de diciembre) o el “distanciamiento” entre países (Tyler, 2003, 17 de febrero).

Tal como se ha expuesto en los párrafos precedentes, la diversidad de sujetos asociados a la opinión mundial en el discurso de los medios es muy amplia. Estos sujetos pueden ser manifestantes en las calles de ciudades distantes del globo, gobiernos estatales que se ponen de acuerdo, ciudadanos que responden encuestas en diferentes países, líderes que forman opiniones más allá de las fronteras, etcétera.

Por otra parte, la revisión de los artículos muestra que los medios hacen referencia a la opinión mundial sin necesidad de definirla ni caracterizarla. Su significado en este discurso no es objeto de debate. Tampoco se plantean dudas sobre su existencia ni relevancia. En otras palabras, y en términos generales, los medios parecen estar hablando de un mismo fenómeno. ¿Cómo se explica entonces semejante diversidad de referencias en cuanto a los sujetos de la opinión mundial?

Los resultados del análisis de contenidos sugieren la relevancia de un “sujeto subyacente” que no puede ser otro que “el mundo”. Sea algo unitario o divisible, se trata de un solo mundo a final de cuentas. Es la aceptación de este sujeto lo que “habilita” a los medios para referirse, por ejemplo, a algunos grupos o gobiernos como portadores de la opinión mundial. Es solo coyunturalmente que estos sujetos diversos

“encarnan” una opinión que, en realidad –según los medios– pertenece al mundo entero.

3.2 Contenido

En la mayoría de los artículos (13) se define explícitamente cuál es la postura de la opinión pública mundial con respecto a la guerra y en todos estos casos la posición atribuida es contraria. En otras palabras, los medios representaron el mensaje de la opinión mundial como un “no” a la guerra.

Siguiendo a Rusciano (2004), podríamos preguntarnos: ¿La oposición del “mundo” a la guerra se sustenta (según los medios) en valores compartidos o intereses prácticos? Sin embargo, hacer una diferencia entre el contenido “moral” y “pragmático” de la opinión mundial resulta inapropiado, al menos para los efectos del presente análisis. En la lectura de nuestro corpus no es posible (ni parece relevante) hacer esta filosa diferenciación.

En una referencia a “la corte de la opinión mundial” (The Gazzette, 2002, 10 de septiembre), por ejemplo, bien podría decirse que está operando la dimensión moral, si asumimos que esta “corte” se asienta sobre valores compartidos, pero también podrá postularse que la corte responde simplemente a ciertos intereses. Incluso en un caso donde es posible distinguir un componente “moral” y otro “pragmático”, ambos aparecen estrechamente entrelazados. Exponemos este caso a continuación: en un artículo se ataca la creencia de que “una serie de reglas gobierna la política exterior norteamericana mientras que otra gobierna al resto del mundo” (Campos, 2003, 30 de enero). En otras palabras: se dice que el país debe seguir los dictados de la opinión mundial porque todos debemos regirnos por las mismas reglas. Pero esta

argumentación “moral” se completa diciendo que la cooperación de diferentes gobiernos “es mucho más importante para la lucha contra el terrorismo que efectuar un ‘cambio de régimen’ en Bagdad”. En otras palabras, también se presenta a la opinión internacional como la posición más “conveniente” para los *intereses* del país.

Finalmente, otro problema básico de esta diferenciación es que remite al viejo (e irresuelto) debate entre las visiones “realistas” e “idealistas” de las relaciones internacionales. Por ejemplo, se reporta al presidente de Estados Unidos diciendo que “el rol de un líder es decidir las políticas basándose en la seguridad, en este caso la seguridad de la gente”, sin importar lo que diga la “opinión mundial” (Raum, 2003, 19 de febrero). Es decir: se apela a la moral interna y “suprema” del Estado (realista) por encima de una moral internacional (idealista).

Una especie de “atajo” para esquivar estos enredos –como se expuso en el capítulo anterior– es delimitar el “campo semántico” de la opinión mundial dentro de un contexto discursivo para identificar a qué problemas está respondiendo el concepto (o qué problemas está creando al presentarse como solución), más allá de cualquier moralidad inherente (Jaeger, 2008).

Un análisis de este tipo sobre nuestro corpus produce el siguiente resultado: la “opinión mundial” en el discurso de los medios es una respuesta a “desfases” en la gobernabilidad internacional. Por un lado, se reconoce como constituido un sistema de seguridad colectiva y se deposita en él la expectativa de mantener la paz (o, en todo caso, de legitimar el uso de la fuerza). La expectativa en dicho sistema es patente, por ejemplo, en el mensaje de las protestas callejeras contra la guerra “unilateral”. Pero esa misma expectativa la tiene el discurso gubernamental de Estados Unidos, que muestra sus esfuerzos por “convencer” al sistema de que es hora de actuar.

Al mismo tiempo, ambos discursos se presentan crecientemente frustrados por el incumplimiento de sus expectativas. El lenguaje oficial a favor de la intervención se muestra decepcionado: el sistema de seguridad le parece inefectivo y, por ende, justifica la necesidad de intervenir “por fuera” del sistema. El discurso contra la guerra, en el otro extremo, aparece igualmente frustrado, lo cual, curiosamente aparece vinculado a la misma razón de fondo: el sistema de seguridad le parece inefectivo (en este caso, porque no logra evitar o, en todo caso, canalizar institucionalmente la intervención).

Resumiendo, todos los discursos muestran expectativa con respecto a un sistema y todos ellos se muestran frustrados. En este contexto, la “opinión mundial” es una noción que contribuye a armar el rompecabezas. Este gran desfase entre deseo y realidad, donde están en juego nada menos que la paz y la estabilidad internacionales, no puede permanecer sin consecuencias de gran envergadura. Así como algunas potencias deciden avanzar hacia la intervención militar, “el mundo”, por su parte, decide “pronunciarse” en contra de este avance.

Sintetizando esta sección, podemos decir que los medios representan el contenido o mensaje de la opinión mundial como un “no” a la guerra, que este contenido no se presta fácilmente a una distinción entre lo moral y lo pragmático, y finalmente que los significados asociados a la opinión mundial permiten al discurso de los medios representar una especie de contrapoder o balance frente al avance militar de una gran potencia.

Prácticamente, no aparece ningún espacio para la diversidad de posturas dentro de la opinión mundial. Ya vimos en la sección anterior la importancia de aceptar “un solo mundo” como sujeto de esta opinión. Aquí vemos cómo este mundo se expresa con un mensaje monolítico frente a un hecho.

3.3 Poder

Según los medios de comunicación, la opinión pública del mundo se manifestó abiertamente en contra de una intervención militar que no tuviera la sanción de las Naciones Unidas. Ahora corresponde preguntarnos sobre la capacidad de impacto que detentó tal manifestación.

Considerando que la intervención militar se concretó, y sin el aval del Consejo de Seguridad, es natural encontrarnos con muchas alusiones a la ineffectividad de esta opinión pública. Sin embargo, no sería exacto decir que se habló de una “opinión pública fracasada”. Más bien, una revisión del corpus muestra que se habló de una opinión pública “relevante pero ignorada”.

Esto puede notarse recorriendo el siguiente proceso: En los meses previos a la guerra, se planteaban preguntas como “¿prevalecerá la opinión mundial contra la guerra en Irak?” (Shankar, 2003, 25 de febrero), “¿podrán las palabras de un hombre modificar la opinión mundial?” (The Gazette, 2002, 10 de septiembre), “¿hay algún signo de que la creciente presión de la desaprobación pública le está afectando [al presidente Bush]?”, “¿hará alguna diferencia?” (Tisdall, 2003, 23 de enero).

Puede decirse que estas interrogantes reflejan incertidumbre, pero esta incertidumbre no opacó de ninguna manera la confianza en la opinión como algo políticamente relevante. Las siguientes frases, que son simples ejemplos, demuestran con claridad esta expresión de confianza: “Estados Unidos no puede ignorar la opinión mundial” (Campos, 2003, 30 de enero), el presidente Bush “parece estar cara a cara con un nuevo y tenaz adversario” (Tyler, 2003, 17 de febrero), “el tamaño de las protestas . . . complicaron los esfuerzos de la Casa Blanca” (Raum, 2003, 19 de febrero), “la

creciente oposición mundial a la guerra en Irak está poniendo presión en la administración estadounidense” (Tisdall, 2003, 23 de enero), “la abrumadora protesta contra la guerra en Irak debe hacer que el presidente de Estados Unidos George Bush se sienta y piense seriamente” (Shankar, 2003, 25 de febrero), “lo último que puede hacer Estados Unidos es darse el lujo de ignorar el sentimiento internacional” (Campos, 2003, 30 de enero).

Sin embargo, a medida que la intervención militar crecía como hecho inminente, el discurso de los medios reconocía que las cosas no resultarían como la “opinión mundial” quería. Finalmente, mientras se desataba la guerra, se dijo que “Bush desafía la legitimidad internacional y la opinión pública mundial” (Tishrin, 2003, 10 de marzo), “la guerra . . . expone un profundo desprecio por la opinión mundial” (Daily Nation, 2003, 21 de marzo), se habló de la “total indiferencia hacia la opinión mundial” (Wilson, 2003, 19 de marzo) e incluso de que Estados Unidos “está perdiendo la guerra de la comunicación” (Vedantam, 2003, 24 de marzo).

Cuando las categorías de análisis encasillan el poder de la opinión mundial en una dicotomía entre “efectiva” o “inefectiva” con respecto a un objetivo (Goldman, 1993), el resultado de nuestro análisis es simple: los medios bosquejan una opinión que se opuso a la guerra y no pudo evitarla. Sin embargo, en nuestro contexto teórico la definición, los sujetos y los procesos de la opinión mundial son “ejes de debate” y corresponde ampliar el enfoque desde otros ángulos.

De esta manera, entra en juego la idea de que la opinión mundial “no es una ficción etérea que se disuelve cuando se expone al poder. Habita en la mente de los tomadores de decisiones, cuyo ambiente nunca es meramente material” (Hill, 1996, p. 128). Esta posibilidad de que la opinión mundial “habite en la mente” de las autoridades como algo políticamente relevante, estuvo presente en el discurso de los

medios sobre el caso de Irak. Podemos notarla, por ejemplo, en el siguiente planteamiento: “¿Hay algún signo de que la creciente presión de la desaprobación pública le está afectando [al presidente Bush]? Ciertamente parece estar más gruñón que de costumbre” (Tisdall, 2003, 23 de enero).

Por otra parte, el poder de la opinión mundial no solo se presenta como capacidad de disuasión, sino también como capacidad de advertir posibles consecuencias. Es decir: puede ser ignorada pero no siempre pueden evitarse los efectos que deriven de esta indiferencia. Tal idea está presente en varios textos y puede ilustrarse con la siguiente afirmación: “La mera cantidad de manifestantes ofrece un potente mensaje de que cualquier apuro hacia la guerra puede tener consecuencias políticas para las naciones que apoyen la marcha” (Tyler, 2003, 17 de febrero).

Según las consideraciones teóricas estudiadas en el capítulo anterior, entre las “consecuencias” que puede anunciar la opinión mundial para los actores en el plano internacional está el “riesgo de aislamiento”, una idea de amplia influencia en el estudio de la opinión pública (Noelle-Neuman, 2010) que ha sido extrapolada hacia la teorización sobre opinión mundial (Rusciano, 1990).

Pero una revisión de nuestro corpus de estudio sugiere que el “riesgo de aislamiento” es un tema cuya presencia está más bien implícita. En el ejemplo que mencionamos, donde se esperan “consecuencias políticas” para los países que apoyen la guerra (Tyler, 2003, 17 de febrero), estas consecuencias podrían interpretarse como “altas posibilidades de aislamiento”. También debe mencionarse que este mismo fenómeno tiene otra cara: la opinión mundial se ubica como requisito para conseguir apoyo: “Si queremos tener aliados en la guerra contra el terrorismo, necesitamos ver el mundo desde perspectivas diferentes a la nuestra” (Wilson, 2003, 19 de marzo). Tener aliados podría entenderse como una forma de evitar el aislamiento.

Para Noelle-Neuman (2010), el miedo al aislamiento es un tema pensado desde la psicología social y en relación con personas actuando en su entorno social inmediato. En el discurso sobre el ámbito internacional resulta muy problemático analizar la importancia del miedo al aislamiento por parte de los estados. Al no ser un tema explícito en el discurso que hemos estudiado, su identificación depende en gran medida de la interpretación teórica.

Además, es importante agregar que el “aislamiento” no solo se presenta como consecuencia sino como causa de nuevas corrientes en la opinión mundial. Por ejemplo, en la siguiente afirmación se asume que la actuación aislada de un país produce una reacción en la opinión del mundo: “Si Estados Unidos lanza una guerra en Irak y lo hace en gran medida solo, la mayor parte del mundo va a considerar esa guerra, en el mejor de los casos, como un síntoma de arrogancia americana y, en el peor, como un ejercicio bruto de fuerza imperial” (Campos, 2003, 30 de enero).

En síntesis, hemos postulado que, según los medios, la opinión pública mundial fue inefectiva para prevenir la guerra pero relevante desde otros puntos de vista. Pero además, con la sistematización de referencias a la opinión mundial en el discurso de los medios, surge una particular dimensión del “poder” que detenta esta opinión. Se trata de su poder como “auditorio”. La opinión mundial no solo influye, impacta o tiene consecuencias, sino que ante todo “debe ser influida”: a determinados actores les resulta “necesario” impactar sobre ella a través de un esfuerzo específicamente encauzado en esa dirección.

Así, se señala la necesidad de “hacer que un mundo escéptico crea. Esta será la tarea de Bush este jueves. ¿Podrá hacerlo? ¿Puede alguien hacerlo?” (The Gazette, 2002, 10 de septiembre). Se hace hincapié en los “esfuerzos” de la Casa Blanca para sumar

“apoyo mundial” (Raum, 2003, 19 de febrero) y también en “los esfuerzos de Estados Unidos para retratar a sus tropas como una fuerza libertaria” (New Straits Times, 2003, 27 de marzo). Se reporta que “la administración montó una campaña de relaciones públicas el martes” (Raum, 2003, 19 de febrero) para desacreditar las protestas y también se informa la denuncia de que Irak mentirá sobre las armas para “influir a la opinión del mundo” (Associated Press 2002, 7 de diciembre), entre muchos otros ejemplos.

En este enfoque, que muestra la opinión mundial como un blanco a ser influido, resulta útil preguntarse qué lugar tiende a ocupar dicha opinión dentro de la estructura sintáctica de las frases. Recordemos, primeramente, que todos los artículos analizados llevan expresiones como “opinión mundial” en su título. Aprovechando esta característica del corpus podemos determinar un dato importante: la inmensa mayoría de los títulos (15 de 18) ubica a la opinión mundial en condición de un objeto. Es decir, algo que se puede “modificar” (The Age, 2003, 6 de febrero), “influir” (Associated Press, 2002, 5 de diciembre), “dividir” (The Times of India, 2003, 6 de marzo), “desafiar” (Tishrin, 2003, 10 de marzo), etcétera. Sólo en los tres artículos restantes, la opinión mundial es sujeto: “choca” (Tyler, 2003, 17 de febrero), “se moviliza” (Tisdall, 2003, 23 de enero) y “prevalece” (Shankar, 2003, 25 de febrero).

Este “poder” de una opinión pública mundial a la cual los líderes necesitan dirigirse, es una dimensión poco explorada por las miradas teóricas y herramientas que analizamos en el capítulo anterior. Va contra la idea de una opinión activa y movilizada, mostrando más bien la relevancia de esta opinión como un objeto que recibe estímulos y puede reaccionar.

Las diversas dimensiones del poder que mencionamos hasta ahora, corresponden a asignaciones que hacen los medios a una opinión pública de existencia empírica en el

mundo. Ya sea en su ineffectividad para detener la guerra, en su capacidad de penetrar la mente de las autoridades, en su poder de aislar a ciertos actores, o bien en su peso como auditorio al que deben dirigirse los gobiernos, el poder de la opinión mundial siempre deriva de su “existencia” fuera del discurso.

Sin embargo, se ha postulado que el mero concepto de una opinión mundial tiene poder “desde” el discurso. Permite, por ejemplo, concebir formas de gobernabilidad en el plano internacional, sin necesidad de tener una base empíricamente identificable (Jaeger, 2008). Con este enfoque, se ha argumentado que la opinión mundial –como elemento esencialmente discursivo– ha sido clave en el contexto formativo de las Naciones Unidas hacia finales de la Segunda Guerra Mundial. Dentro de las formas de gobernabilidad internacional implementadas mediante la ONU, una es la de perseguir la paz y la seguridad mediante un sistema “policíaco” (p. 600). Así, la idea de seguridad colectiva donde todos los estados tienen el mismo estatus, es modificada por un sistema donde algunos países tienen, con su derecho a veto, la posibilidad, la responsabilidad y los privilegios de operar como “Estados-policía”.

El discurso de los medios con respecto a la Guerra de Irak contiene recurrentes alusiones a esta cuestión. Organizando y sintetizando estas referencias, podemos decir que se presenta una situación donde los Estados “policía” no se ponen de acuerdo con respecto a un tema: ¿deben continuar las inspecciones de las Naciones Unidas en Irak o es hora de intervenir con la fuerza armada? Ante el desacuerdo que paraliza a este grupo de policías, uno de ellos decide actuar en forma independiente. Por su parte, la opinión mundial (según se representa en los medios) ejerce discursivamente un poder alineado con el sistema de seguridad internacional y ocupa una postura opuesta a la acción fuera del sistema.

Con o sin la aceptación de una base social empírica para la opinión mundial, lo cierto es que esta opinión ejerce en el discurso (y desde el discurso) un poder que le permite ser considerado como una fuerza relevante. Los argumentos estudiados dependen, como ya señalamos anteriormente, de la aceptación de “un solo mundo”. Postulan además que este mundo opinó en términos de rechazo hacia el accionar de un gobierno y, como vimos en esta sección, consideran que este rechazo tiene gravitación política, independientemente de que haya sido ignorada.

3.4 Proceso

La revisión de los artículos seleccionados muestra que los medios tienden a representar a la opinión pública mundial como la simple reacción a un estímulo. Si tomamos como base los criterios teóricos analizados en el capítulo anterior, una reacción apenas podría considerarse como un “proceso”. Más bien, los medios tienden a esbozar esta opinión como una especie de instantánea. Con esto queremos decir que los movimientos o secuencias de hechos que podrían asociarse a sus procesos de formación están ausentes en el discurso de los medios. La opinión mundial se expresa o alguien se expresa ante ella, pero nunca se dice de qué manera esa opinión adquirió forma, contenido o fuerza. A lo sumo, se mencionan las maneras de expresión (protestas, encuestas, tomas de posición por parte de gobiernos, etcétera), pero rara vez se mencionan formas de articulación entre estos fenómenos.

Sí se hace referencia a la toma de decisiones en instancias internacionales que, según algunos de los artículos, representan a la opinión pública internacional. Sobre todo, en esta categoría se destaca la toma de decisiones en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Sin embargo, incluso en estos casos, el discurso no habla del proceso deliberativo sino que muestra sus resultados.

En el enfoque teórico sobre el “proceso” (Véase Capítulo II, Sección 6.4) vimos la importancia conceptual asignada a temas como los siguientes: la infraestructura tecnológica, las condiciones de receptividad en el público, el rol que pueden jugar determinadas instituciones y líderes, las instancias de diálogo social, la dimensión parlamentaria de las relaciones internacionales, etcétera. Sin embargo, como podemos comprobar en los artículos estudiados, cuando el fenómeno se reporta en los medios, estos procesos no parecen revestir mayor importancia.

Esta ausencia de procesos explícitos puede entenderse como una consecuencia propia del tipo de discurso que manejan los medios masivos: se trata de un “discurso fugaz sobre hechos fugaces”, donde nociones como “hecho” o “evento” revisten un valor considerablemente mayor que nociones como “proceso”. Sin embargo, esta ausencia de alusiones a los procesos no es un dato menor. Como vimos al principio del presente capítulo, la cantidad de referencias a la opinión mundial escaló drásticamente en cuestión de semanas, elevándose varias veces por encima del promedio general de la década. A pesar de esto, en ninguno de los artículos estudiados se decidió problematizar el “cómo” de esta opinión mundial súbitamente convertida en protagonista.

4. Consideraciones finales

Según el análisis de los artículos seleccionados, los medios de comunicación presentaron un mundo que reaccionó con rechazo a la intervención militar.

Se trata de un mundo que en realidad es “el” mundo, sujeto que abarca todos los sujetos, el cual aparece facultado para expresarse gracias al dispositivo “opinión pública internacional”. A su vez, esta opinión se encarna en –o es representada por–

un rango variable de sujetos particulares (manifestantes en las calles, poblaciones encuestadas, ciertos gobiernos, etcétera), pero el uso indistinto de la expresión “opinión pública internacional” para todos estos sujetos parece indicar la presencia implícita de ese gran protagonista fundamental que es el mundo. El mundo con voz.

Al decir que –según los medios– el mundo reaccionó con rechazo, estamos diciendo que estos medios postulan su propia capacidad de “escuchar” la voz del mundo y entender su mensaje. El rechazo al que hacen referencia, por otra parte, no es irrelevante: aun cuando no logró su propio objetivo, la opinión pública internacional ejerce poder. Tiene algo que decir y lo que dice importa.

Cuando usamos la palabra “reaccionó” hacemos referencia a la simplicidad de un proceso que sólo tiene dos momentos: acción y reacción. La acción es la pretensión de intervenir militarmente. La reacción del mundo es el rechazo. Prácticamente, no hay mayores consideraciones en el discurso de los medios sobre los procesos o las dinámicas que dieron forma a la opinión pública internacional.

Para finalizar, cuando decimos que “los medios presentan” una opinión pública internacional, queda en relieve un dato fundamental: no estamos hablando de la opinión *per se*, sino de la forma y los usos que esta noción adquiere dentro de un discurso (el de los medios). Ya habíamos visto, a lo largo del capítulo anterior, que la tensión entre la palabra y el fenómeno es un punto que divide las aguas dentro de las propuestas teóricas. En el presente capítulo, decidimos quedarnos en un solo lado de esa división: elegimos estudiar un contexto discursivo. ¿Pero qué pasa entonces con la opinión pública internacional fuera de un discurso particular? ¿Hay forma de articular la opinión empírica de “la gente” con el simple uso funcional de “opinión mundial” como fórmula verbal? Dejaremos las reflexiones sobre este tema para las conclusiones del trabajo.

Conclusiones

Las categorías de sujeto, contenido, poder y proceso son ejes valiosos para aproximarnos al debate teórico sobre la opinión pública internacional. Sin embargo, ninguna de estas categorías “atraviesa” los diversos enfoques teóricos estudiados para producir resultados definitivos. No podemos, por ejemplo, proponer una definición del “sujeto” de la opinión internacional que sea capaz de suscitar un consenso entre todas las propuestas teóricas analizadas.

Sin embargo, sí es posible dividir los enfoques en dos tipos claramente diferenciados. El primero de ellos abarca las posturas que otorgan una existencia empírica a la opinión internacional y esbozan definiciones provisionarias sobre la misma, definiciones que permiten intentar su observación o incluso medición a través de diversas técnicas. En ningún momento estos estudios aceptan que han “atrapado” plenamente el fenómeno, ya que reconocen diversos problemas teóricos que el mismo suscita. Simplemente, avanzan hacia la construcción de definiciones operacionales.

Todos los enfoques de este primer grupo dan por sentada la existencia de sujetos, contenido, poder y proceso como dimensiones aceptables para entender y estudiar la opinión pública internacional. Según sugiere nuestra investigación, la diversidad de intereses de investigación entre ellos puede entenderse como una fuente de complementariedades. Por ejemplo, un autor analiza con mayor énfasis el rol de los líderes de opinión (Hill, 1996) mientras otro busca un modelo para medir la opinión con encuestas internacionales a muestras aleatorias de la población (Rusciano & Brogan, 2009).

Tal como puede inferirse en la introducción del presente trabajo, nuestro interés es analizar los principales enfoques teóricos vigentes y sus posibles formas de

articulación a través de algunos ejes. Bajo esta premisa, resulta evidente que son considerables los vínculos que agrupan a todos los enfoques que incluimos en este primer grupo de investigaciones.

El segundo camino es el que aborda la opinión internacional dejando a un lado la cuestión de su existencia empírica en un colectivo social y prefiere analizar cómo se utiliza el concepto en el discurso (Jaeger, 2008). En principio, esta postura parece abandonar las ideas de “sujeto” y “proceso”. De hecho, no le importa si hay “alguien” que porte, forme o represente la opinión. Tampoco se piensa, desde esta mirada, en sus procesos intersubjetivos de formación. En cambio, la categoría que hemos llamado “contenido” adquiere una importancia radical. La opinión pública internacional es, ante todo, un concepto que *dice* –es decir, *significa*– algo en determinados contextos enunciativos. Y así como las categorías de sujeto y proceso se desvanecen en términos ontológicos, ahora aparecen “dentro” del discurso: la opinión internacional puede ser asignada a diferentes sujetos y procesos a través del lenguaje.

Pero esto no significa que dicho enfoque niegue al dispositivo discursivo la posibilidad de ejercer poder. Más bien, postula que esta noción ha permitido nada menos que “formas de gobernabilidad” en la política internacional. El discurso sobre opinión mundial, analizado sin tener en cuenta su base social empírica, ha mostrado su capacidad para allanar el camino –por ejemplo– al aparato de las Naciones Unidas. Podemos decir, por lo tanto, que la opinión mundial está presente *en* el discurso y ejerce un poder *desde* el discurso.

Ahora bien. La diferencia entre estos dos grandes enfoques –que podríamos llamar “empírico” y “discursivo”– puede plantear un conjunto de dilemas: ¿cuál presenta justificaciones más sólidas en su pretensión de conocimiento?, ¿cuál es más relevante en términos sociales y políticos?, ¿son excluyentes?, etcétera. Por supuesto, este tipo

de dilemas no son algo exclusivo de los estudios sobre la opinión pública internacional. Por el contrario, se corresponden con debates que están presentes en el seno de las Ciencias Sociales. A estos debates hicimos referencia cuando señalamos el contraste entre el “modelo clásico” de la epistemología social y “el escenario postempirista” (Véase Capítulo II, Sección 4). Podríamos, por lo tanto, dejar el debate para ese ámbito: “que la filosofía de la ciencia se encargue de estos problemas”.

Sin embargo, la postura que surge de la presente investigación es diferente. Un área de estudio temáticamente delimitada como la opinión pública internacional sí puede constituirse en un campo fértil para la interacción epistemológica entre lo “empírico” y lo “discursivo”.

El discurso de los medios que estudiamos usa la expresión “opinión pública internacional” atribuyéndole determinados significados y permitiendo que esta noción ejerza poderes desde el discurso; y bien podríamos preguntarnos: ¿es imprescindible entender el concepto en relación a su base empírica formada por sujetos sociales? Por supuesto que no. Evaluar el “uso” del concepto dentro del discurso es un recorte razonable y suficiente en términos teóricos y metodológicos. Sin embargo, también podemos postular que este uso, tal como lo hemos estudiado, tiene algo que ver con seis millones de personas “de carne y hueso” que se manifestaron en 600 ciudades del mundo en febrero de 2003, o con la postura asumida por diferentes gobiernos que consensuaron sus posiciones sobre el tema.

Además, es importante enfatizar que la opinión pública internacional como campo de estudio es un espacio incipiente que presenta ventajas para el diálogo entre estas dos posturas. Nos referimos a ventajas que no están presentes en la disciplina de la opinión pública “nacional”, un campo donde las posiciones se muestran fuertemente cimentadas: un sólido *mainstream* vinculado a la Ciencia Política estudia el tema a

través de herramientas empíricas, en especial la encuesta, hace casi un siglo. En la inmensa mayoría de los casos la opinión pública se entiende y estudia con respecto al Estado: la popularidad de un gobernante, las opiniones sobre un tema de *policy making*, las intenciones de voto, etcétera. Otros caminos teóricos y políticos para analizar la opinión pública muestran un mínimo terreno común de debate con esa postura central.

En cambio, los rasgos aún difusos y problemáticos de la opinión pública internacional se convierten en un aspecto beneficioso. Mientras los autores no “sepan” exactamente de qué están hablando (léase: mientras no se encierren en sus posturas), las fronteras de la comunicación entre ellos pueden ser más amplias.

El recorrido que se propone a lo largo de esta investigación muestra, como telón de fondo, que teorías sociológicas de amplia influencia han abierto un lugar para la opinión internacional en sus universos conceptuales (Capítulo I). Por otra parte, un grupo relativamente reducido de investigadores se ha dedicado a este tema como eje específico de análisis, proponiendo diferentes acercamientos desde la reflexión académica y la investigación (Capítulo II), sin haber construido una tradición acumulativa, pero haciendo referencia a ciertas categorías que hemos propuesto como “ejes de debate”. Además, políticos y medios de comunicación hacen referencias a esta opinión como una realidad innegable de la vida diaria (Capítulo III).

Tan innegable les parece, que –a pesar de usarla en múltiples formas y asignarla a sujetos sociales diversos– no necesitan definirla cuando hacen referencia a ella. Según muestra el análisis de los artículos de prensa, esa amplia diversidad de usos por una parte, y esta “obiedad” de su significado por otra, pueden conciliarse cuando se acepta la idea –muy problemática, por cierto– de que “el mundo tiene una voz” y que esta voz se puede expresar de diversas maneras. Y cuando decimos que esta

idea es problemática, nos referimos a la dificultad de demostrar su existencia, pero también a la creciente dificultad de negarla.

Bibliografía

- Adler-Nissen, R. (Ed.). (2013). *Bourdieu in International Relations: Rethinking Key Concepts in IR*. Nueva York: Routledge.
- Baylis, J., Smith, S., Owens, P. (Eds.). (2010). *The Globalization of World Politics. An Introduction to International Relations* (5ta Ed.). Oxford: Oxford University Press.
- Bentham, J. (1991). *Plan de Paz universal y perpetua*. Barcelona: J.M. Ediciones Península. (Trabajo original publicado en 1843).
- Bobrow, D. (2005). International Public Opinion: Incentives to Comply and Challenge. Obtenido el 17 de diciembre de 2013 de: http://citation.allacademic.com/meta/p_mla_apa_research_citation/0/7/2/1/1/pages72117/p72117-2.php
- Bourdieu, P. (1972). La opinión pública no existe. Obtenido el 27 de mayo de 2013 de: <http://pierre-bourdieu.blogspot.com/2006/06/la-opinin-pblica-no-existepierre.html>
- Bourdieu, P. (1997). *Razones prácticas. Sobre la Teoría de la Acción*. Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu P. (1999). *Contrafuegos*. Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu P. (2002). *Contrafuegos 2*. Barcelona: Anagrama.
- Calhoun, C. (Ed.). (1992). *Habermas and the Public Sphere*. Cambridge, Massachusetts: The MIT Press.
- Castells, M. (2008). The New Public Sphere: Global Civil Society, Communication Networks, and Global Governance. *ANNALS, AAPSS*, 616, 78-93.
- Davison, W.P. y George A.L. (1952). An Outline for the Study of International Political Communications. *The Public Opinion Quarterly*, 16, 501-511.
- Davison, W.P. (1973). International and World Public Opinion. En: Ithiel de Sola Pool et al. (Eds.). *Handbook of Communication*, 871-86. Chicago: Rand McNally.

- Davison, W.P. (1974). News Media and International Negotiation. *The Public Opinion Quarterly*, 38(2),174-192.
- Fraser, N. (2007). Transnationalizing the Public Sphere. On the Legitimacy and Efficacy of Public Opinion in a Post-Westphalian World. *Theory, Culture & Society*, Vol. 24(4), 7-30.
- Giddens, A. (1993). *Consecuencias de la modernidad*. Madrid: Alianza.
- Giddens, A. (1995). *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Giddens, A. (2001a). El gran debate sobre la globalización. *Pasajes*, 7, 62-73.
- Giddens, A. (2001b). *The Second Globalization Debate. A Talk With Anthony Giddens*. Entrevista realizada por Brockman, J. Obtenido el 12 de mayo de 2013 de: http://www.edge.org/3rd_culture/giddens/giddens_index.html
- Giddens, A. (2007). *Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas*. México: Taurus.
- Goldman, K. (1993). International Opinion and World Politics: The Case of the INF Treaty. *Political Studies*, XLI, 41-56.
- Goldman, K. (1994). *The Logic of Internationalism: Coercion and Accommodation*. Londres: Routledge.
- Goot, M. (2004). Introduction: World Opinion Surveys and the War in Iraq. *International Journal of Public Opinion Research*, 16(3), 239-268.
- Graber, D.A. (2000). World Opinion and the Emerging International Order by Frank Louis Rusciano; Roberta Fiske; Bosah Ebo; Sigfredo A. Hernandez; John Crothers Pollock (Reseña). *The Public Opinion Quarterly*, 64(3), 359-361.
- Habermas, J. (2000). *La constelación posnacional. Ensayos políticos*. Barcelona: Paidós.
- Habermas, J. (2004). *Tiempo de transiciones*. Madrid: Trotta.

- Habermas, J. (2008). *El derecho internacional en la transición hacia un escenario posnacional. Europa: en defensa de una política exterior común* (en colaboración con Jacques Derrida). Madrid-Barcelona: Katz-CCCB.
- Habermas, J. (2009). *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*. Barcelona: Gustavo Gili. (Trabajo original publicado en 1962).
- Habermas, J. (2010). *Teoría de la Acción Comunicativa. Tomo I: Racionalidad de la acción y racionalización social*. Madrid: Trotta.
- Hill, C. (1996). World Opinion and the Empire of Circumstance. *International Affairs*, 72(1), 109-131.
- Hincley, R. (1993). World opinion and the Persian Gulf crisis. *Journal of Conflict Resolution*. 37, 69-93.
- Jaeger, H. (2007). "Global Civil Society" and the Political Depoliticization of Global Governance. *International Political Sociology*, 1, 257–277.
- Jaeger, H. (2008). 'World Opinion' and the Founding of the UN: Governmentalizing International Politics. *European Journal of International Relations*, 14(4), 589-618.
- Jaeger, H. (2010). Before "World Opinion": "Public Opinion" and Political Community before the Twentieth Century. Presentado en el *SGIR 7th Pan-European International Relations Conference*, Estocolmo. Obtenido el 17 de diciembre de 2013 de: http://stockholm.sgir.eu/uploads/Jaeger_BeforeWO.pdf
- Kant, I. (2005). *Hacia la Paz Perpetua. Un esbozo filosófico*. Madrid: Biblioteca Nueva. (Trabajo original publicado en 1795).
- Leitch, V. (2001). Bourdieu Against the Evils of Globalization. *Contre-feux 2: Pour un mouvement social eucial européen*. *Symplokē*, 9(1/2), 161-164.
- Luhmann, N. (1997). *Observaciones de la modernidad. Racionalidad y contingencia en la sociedad moderna*. Barcelona: Paidós.
- Luhmann, N. (1998). *Teoría de la Sociedad*. México: Triana.

- Luhmann, N. (2000). *La realidad de los medios de masas*. Barcelona: Rubí.
- Luhmann, N. (2007). *La Sociedad de la Sociedad*. México: Herder.
- Merle, M. (1978). *Sociología de las relaciones internacionales*. Madrid: Alianza Universitaria.
- Mora y Araujo, M. (2005). *El poder de la conversación. Elementos para una teoría de la opinión pública*. Buenos Aires: La Crujía.
- Mora y Araujo, M. (2009). La opinión pública en la Argentina. De la sociología académica a la profesionalización. En: Rodrigo Cordero (Ed.): *La sociedad de la opinión*. Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales.
- Noelle-Neumann, E. (2010). *La Espiral del Silencio. Opinión Pública: Nuestra piel social*. Barcelona: Paidós Comunicación.
- Podestá, A. (1942). Acerca del Instituto de la Opinión Pública. *Boletín del Instituto de Sociología de la Universidad de Buenos Aires*, 1, 127-131.
- Rusciano F.L. y Fiske Rusciano R. (1990). Towards a Notion of 'World Opinion'. *International Journal of Public Opinion Research*, 2, 305-322.
- Rusciano, F.L. (2001). A world beyond civilizations: new directions for research on world opinion. *International Journal of Public Opinion Research*, 13(1).
- Rusciano, F.L. (2006). *Global Rage after the Cold War*. Nueva York: Palgrave Macmillan.
- Rusciano, F.L. (2008). Rethinking Global Opinion. Obtenido el 17 de diciembre de 2013 de: http://citation.allacademic.com/meta/p_mla_apa_research_citation/2/5/3/7/3/pages253733/p253733-1.php
- Rusciano, F.L. y Brogan, M. (2009). *Measuring World Opinion Using International Surveys: Three Perspectives*. Obtenido el 17 de diciembre de 2013 de: http://citation.allacademic.com/meta/p_mla_apa_research_citation/3/1/0/7/0/pages310706/p310706-1.php
- Rusciano, F.L. y Hill, C.J. (2004). Global Opinion Theory and the English School of International Relations. Obtenido el 17 de diciembre de 2013 de:

http://citation.allacademic.com/meta/p_mla_apa_research_citation/0/7/2/3/8/pages72389/p72389-1.php

Rusciano, F.L., Fiske-Rusciano, R., Ebo, B., Hernandez, S.A. y Crothers Pollock, J. (1998). *World Opinion and the Emerging International Order*. Westport, Connecticut, Londres: Praeger.

Schuster F.L. (2003). *Filosofía y Métodos de las Ciencias Sociales*. Buenos Aires: Manantial.

Stearns, P. (2005). *Global Outrage: The Impact of World Opinion on Contemporary History*. Oxford: Oneworld.

Stone, J.; Dunphy D.; Smith, M. y Ogilvie, D. (1966). *The General Inquirer: A Computer Approach to Content Analysis*. Cambridge, MA: MIT Press.

Vommaro, G. (2008). *Lo que quiere la gente. Los sondeos de opinión y el espacio de la comunicación política en Argentina (1983-1999)*. Buenos Aires: Prometeo.

Wight, Martin (1977). *Systems of States*. Leicester: Leicester University Press/LSE.

Wilcox, C.; Tanaka, A. y Allsop D. (1993). World Opinion in the Gulf Crisis. *The Journal of Conflict Resolution*, Vol. 37, No. 1, pp. 69-93.

Artículos que integran el corpus de estudio

Britain predicts Iraq will lie about weapons, hoping to influence world opinion. (2002, 5 de diciembre). *Associated Press*. Obtenido el 23 de marzo de 2013 de: <http://goo.gl/BEUCV>

Campos, P. (2003, 30 de enero). America can't ignore world opinion. *The Vindicator*. Obtenido el 23 de marzo de 2013 de: <http://goo.gl/DQaNO>

Can 1 man's words sway world opinion? (2002, 10 de septiembre). *The Gazette*. Obtenido el 23 de marzo de 2013 de: <http://goo.gl/UHqll>

Don't let Saddam split world opinion: Powell. (2003, 6 de marzo). *The Times of India*.

Obtenido el 23 de marzo de 2013 de: <http://goo.gl/0ychU>

In double bid to world opinion, Iraq files arms declaration, Saddam apologizes to

Kuwaiti people. (2002, 7 de diciembre). *Associated Press*. Obtenido el 23 de

marzo de 2013 de: <http://goo.gl/TtGRO>

Iran: Radio says Bush speech did not convince world public opinion. (2003, 27 de

febrero). *Voice of the Islamic Republic of Iran*. Obtenido el 23 de marzo de 2013

de: <http://goo.gl/43D9g>

Iraqi minister says USA shows no respect for world opinion. (2003, 22 de febrero). *INA*.

Obtenido el 23 de marzo de 2013 de: <http://goo.gl/Kmjvb>

Powell fails to budge world opinion. (2003, 6 de febrero). *The Age*. Obtenido el 23 de

marzo de 2013 de: <http://goo.gl/pnf1w>

Putin denies tripartite summit aims to "split" world opinion. (2003, 11 de abril). *ITAR-*

TASS. Obtenido el 23 de marzo de 2013 de: <http://goo.gl/0rFh2>

Raum, T. (2003, 19 de febrero). Protests complicate U.S. job of turning world opinion

on Iraq. *The Daily Courier*. Obtenido el 23 de marzo de 2013 de:

<http://goo.gl/C4pli>

Russia slams US for defying world opinion. (2003, 27 de marzo). *New Straits Times*.

Obtenido el 23 de marzo de 2013 de: <http://goo.gl/NrGA7>

Shankar Aiyar, M. (2003, 25 de febrero). Will world opinion against a war on Iraq

prevail? *The Economic Times*. Obtenido el 23 de marzo de 2013 de:

<http://goo.gl/lfDXe>

Syrian paper says Bush "defies" international legitimacy, world public opinion. (2003,

10 de marzo). *Tishrin*. Obtenido el 23 de marzo de 2013 de: <http://goo.gl/lnffj>

Tisdall, S. (2003, 23 de enero). World opinion moves against Bush. *Guardian*.

Obtenido el 23 de marzo de 2013 de: <http://goo.gl/Dvi4E>

Tyler, P. (2003, 17 de febrero). World opinion clashes with Bush rush to war. *Pittsburgh Post-Gazette*. Obtenido el 23 de marzo de 2013 de: <http://goo.gl/L0kOS>

US war against Iraq exposes deep "disdain for world opinion". (2003, 21 de marzo). *Daily Nation*. Obtenido el 23 de marzo de 2013 de: <http://goo.gl/QrIAy>

Vedantam, S. (2003, 24 de marzo). Propaganda seen as key for military, world opinion. *The Washington Post*. Obtenido el 23 de marzo de 2013 de: <http://goo.gl/oAiPx>

Wilson, S. (2003, 19 de marzo). U.S. should give more thought to world opinion. *St. Petersburg Times*. Obtenido el 23 de marzo de 2013 de: <http://goo.gl/D4Zsz>